

EYES OF ANGELS
THE DARKEST MINDS

IN
TIME

AN EBOOK ORIGINAL NOVELLA BY
ALEXANDRA BRACKEN

EYES OF ANGELS
THE DARKEST MINDS 1.5

Este documento es una traducción oficial del foro Eyes Of Angels, por y para fans. Ninguna otra traducción de este libro es considerada oficial salvo ésta.

Agradecemos la distribución de dicho documento a aquellas regiones en las que no es posible su publicación ya sea por motivos relacionados con alguna editorial u otros ajenos.

Esperamos que este trabajo realizado con gran esfuerzo por parte de los staffs tanto de traducción como de corrección, y de revisión y diseño, sea de vuestro agrado y que impulse a aquellos lectores que están adentrándose y que ya están dentro del mundo de la lectura. Recuerda apoyar al autor/a de este libro comprando el libro en cuanto llegue a tu localidad.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Índice

Staff

Sinopsis

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Adelanto Never Fade (The Darkest Mind #2)

In the Afterlight (The Darkest Minds #3)

Sobre la Autora

Staff

Moderadora:

Drys

Traductoras:

Agoss

Drys

Katiliz94

Key

Nessied

VicHerondale

Corrección y Revisión:

Katiliz94

Diseño:

Nanami27

EYES DE LOS ANGELES
THE DARKEST MINDS 1.5

Sinopsis

No te pierdas esta emocionante historia corta que conecta MENTES OSCURAS a su más anticipada secuela, ¡NUNCA OLVIDAN!

La vida de Gabe ha sido devastada en el despertar de la crisis económica. La única opción que queda para alguien como él de escapar de este trágico pasado es dejar su pequeña ciudad detrás e intentar convertirse en un rastreador. Esta ya casi es una tarea imposible que hace todo más difícil para su primer marcador, una joven que no hablará, pero quien cambia su Vida en formas que él nunca pudo imaginar. Incluido un adelanto de capítulo de ¡NUNCA OLVIDAN!

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Prólogo

*Traducido por Drys
Corregido por katiliz94*

A VECES, incluso cuando las carreteras están tranquilas y los demás están dormidos, ella se preocupa por si tomó la peor elección.

No es que a ella no le guste el grupo —le gusta. En serio. Se juntan y juegan de manera inteligente, la conducción es en las calles laterales tanto como les sea posible en lugar de las carreteras abiertas, evitan el miedo. Nunca lo están a menos que estén sin comer ni dormir, o ambos por mucho tiempo, o cuando están asustados. Cuando acampan por la noche, duermen en un gran círculo grande, y a las chicas les gusta contar historias acerca de los chicos que conocían en Virginia, en East River. Todos se ríen, pero tienen problemas para poner caras a los nombres. Ella no puede recordar donde estaba el lago en relación a la hoguera, y no estaba allí aquella vez que todos jugaron. Ella no estaba allí porque estaba con sus amigos. Estaba en un coche diferente, uno mejor, uno más feliz. Porque cuando las chicas dejan de contar estas historias, las mismas una y otra vez, sólo hay silencio. Y echa de menos el calor de las voces de sus amigos, aunque sólo estaban susurrando, mintiendo y diciendo que todo estará bien.

Tal vez sea malo, no lo sabe, pero secretamente se alegra de que nadie espere que le cuente su propia historia.

De esa manera se queda con ellos para sí misma, escondidos apretados contra su corazón. Aprieta su mano allí cuando está asustada, cuando quiere fingir que son ellos bromeando y riendo y gritando a su alrededor, y no los demás. Cuando quiere sentirse segura.

Mantiene su mano allí todo el tiempo. Ahora.

Las montañas que la rodean están volando y las chicas están gritando que necesitan ir más rápido, más rápido, más rápido. Ella ve el coche a través del parabrisas de atrás de la camioneta. El hombre que colgaba por la ventana del lado del pasajero se ve como que está apuntando la pistola directamente a ella. El conductor tiene una cara

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

E Y E S O F A N G E L S

THE DARKEST MINDS 1.5

como de que estaría dispuesto a conducir a través de una tormenta de fuego para llegar a ellos, y ella lo odia por ello.

Quiere su voz para unirse a los otros gritando y llorando. Las palabras se quedan en su garganta. El chico detrás del volante tiene que parar la camioneta, golpea los frenos, deja salir a los monstruos persiguiéndole y les deja creer que han ganado. *Somos cinco frente a sus dos, piensa, y si podemos cogerlos por sorpresa...*

Pero su camioneta de repente vuela como si se hubiera ido por una rampa. El cinturón de seguridad aprieta contra su pecho con fuerza suficiente para hacerle perder su aliento en ese segundo en el que están en el aire, entonces están girando, el cristal se está rompiendo, el coche se retuerce, y ni siquiera ella puede contener sus gritos.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Capítulo 1

Traducido por VicHerondale
Corregido por katiliz94

ESCUCHA, no importa lo que cualquiera te diga, en realidad nadie quiere este trabajo.

Las horas son infinitas y la paga es una mierda. No, retiro lo dicho. No es la paga lo que es una mierda. Hay un dulce centavo en él para ti si puedes enganchar a un pez de buen tamaño. Lo único es, por supuesto, que todo el mundo se ha ido y han sobreexplotado los malditos ríos. Puedes tirar tantos ganchos como quieras, comprarte el cebo más brillante, pero simplemente no es suficientemente para engordar tu esquelética billetera.

Eso es lo primero que Pablo Hutch me dijo cuándo lo conocí en un bar por la tarde. Estamos aquí para hacer negocios, pero Hutch decide de qué se trata de un momento de enseñanza, también. ¿Por qué la gente constantemente siente que tiene que darme lecciones sobre la vida? Tengo veinticinco años, pero es como el momento en que tomas a los niños reales fuera de la foto, cualquier persona menor de la edad de treinta se convierte en "hijo" o "chico" o "muchacho," porque estas personas, los "adultos reales," tienen que tener a alguien pequeño. No estoy interesado en jugar con la imaginación de alguien, o apuntalar su sentido de autoestima. Me pone enfermo... como si estuviera tratando de digerir mi propio estómago. Soy el *chico* de nadie, y yo no respondo a *hijo*, tampoco. No soy tu maldito hijo muerto.

Alguien está fumando un cigarrillo en una de las cabinas oscuras detrás de nosotros. Me gusta venir aquí casi tanto como odio a los sospechosos habituales que frecuentan el lugar. Todo en el Evergreen es una hortera vinilo esmeralda y de madera oscura. Creo que quieren que se vea como un hotel de esquí, pero el resultado es algo más cercano a la Oktoberfest de un hombre pobre, sólo que con más tristes, vejestorios borrachos y menos polluelas tetona sosteniendo tazas de cerveza espumosa.

Hay fotos de montañas de cimas blancas por todas partes, carteles que son casi tan viejos como yo. Lo sé, porque nuestra montaña no ha

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

tenido buena nieve en quince años, o la suficiente demanda para abrir en cinco. Yo solía correr los remotes de seguridad de todos los diferentes cursos después de la escuela, incluso durante el verano, cuando la gente del valle sólo quería venir y hacer algo de senderismo en temperaturas por debajo de 115 grados. *Por lo menos no tengo que tratar con turistas mocosas nunca más*, me digo... los cuales actuaban como si nunca hubieran visto un árbol de verdad antes, y montaban sus frenos hasta el por todo el sinuoso camino de Humphreys. No echo de menos eso.

Lo que echo de menos es el sueldo.

Hutch parece que salió del trasero de un caballo... huele a él, también. Durante un tiempo, él trabajaba en una de esas empresas de grupos de viajes que permiten montar los burros hacia abajo en el Gran Cañón. Cerraron los parques nacionales, sin embargo, y el dueño tuvo que trasladar todos los animales de vuelta a Flagstaff, en última instancia, antes de venderlas.

No había más trabajo para Hutch allí, pero estoy bastante seguro de que la mujer lo deja dormir en los establos.

Él ya ha estado aquí durante horas; él estaba buscando en los bordes, y cuando entré en el bar oscuro, miró todo con cara confusa, como un pollito recién nacido sacando la cabeza de un huevo. Su cabello de alguna manera retrocedió demasiado tiempo a la vez, los mechones medio atados atrás con una tira de cuero.

Tratando de acelerar las cosas, deslizo un fajo arrugado de dinero a su camino. La pila parece mucho más impresionante de lo que realmente es. He estado viendo de diez y de veinte por tanto tiempo que estoy convencido de que dejaron la impresión de los billetes más grandes.

—No es que no crea que se pueda hacer, hijo —dice Hutch, estudiando la parte inferior de su pinta—. Suena más fácil de lo que es.

Debería estar escuchando más de lo que estoy haciéndolo. Si alguien sabe cómo es el trabajo, es él. El antiguo Hutch intentó durante seis meses un trazado de salto, y el premio que ganó por esa desventura fue una quemada, mutilada, mano con cuatro dedos. A él le gusta decir que un chico había llegado a él, pero al ver cómo se las ha arreglado para quemar dos remolques por quedarse dormido con un cigarrillo en la mano, me inclino a dudarlo. Aún así, él ordeña todo lo que pueda. La visión de su mano coja recibe bebidas de condolencia por parte de los forasteros que paran en el Evergreen. Algunas monedas de cinco y diez

centavos de más, también, cuando él está sosteniendo una taza en la esquina en la Ruta 66 y la calle Leroux, fingiendo que es un veterano militar de la Nación Navajo. De alguna manera él piensa que esa combinación lo eleva sobre el resto de nosotros los vagos.

—¿Puedo tener las llaves? —pregunté—. ¿Dónde lo aparcaste?

Él me ignora, tarareando "Take It Easy" de los Eagles que este bar tiene aparentemente por ninguna otra razón que el hecho de que Arizona se menciona una vez en ella.

No debería comprarle este camión. Sé que va a haber algo malo en ello; es mayor que yo. Pero esta es la única cosa que me puedo permitir, y tengo que salir de aquí. Tengo que salir de esta ciudad.

—Otro —dice tercamente, viendo a Amy, la camarera, haciendo su mejor actuación para negar su miserable existencia. Ella y yo hemos hablado de esto antes, es difícil mirarle a él. Sus dientes se pusieron mal en los últimos años, y sus mejillas son tan bajas que están prácticamente colgando como zarzos contra su cuello. No tiene más que cuarenta y cinco, pero ya se parece a la foto después de un adicto al crack en ficha policial del asesino en uno de esos programas de televisión del crimen que siempre están volviendo a publicar. Su aliento por sí solo es como un puñetazo en la cara.

Me solía gustar mucho Hutch. Llegó a conocer a mi padre cuando dejaba los productos frescos en el restaurante. Ahora es como... no sé cómo explicarlo así que tiene sentido. Es como si fuera un cuento con moraleja, sólo que uno sabe que está acelerando hacia el final sin frenos. Un vistazo al futuro, o lo que sea. Yo sólo miro y sé que si no consigo salir de este lugar, voy a ser este viejo hombre que ni siquiera es viejo, pero huele como sí se orinara sobre sí mismo regularmente. El tipo que gira y gira y gira sobre su taburete, como si estuviera montando el viejo carrusel en el recinto ferial.

Hutch desliza la llave de su bolsillo, pero golpea su mano hacia abajo sobre ella cuando llego a por ella. Su otra mano atrampa la mía, y entonces me mira con esos febriles ojos mojados.

—Quería mucho a tu padre, Gabe, y sé que él no querría esto para ti.

—Él se fue, lo que significa que no tiene voto —le dije, moviendo mi mano libre—. Te pagué. Ahora dime dónde lo aparcaste.

Por un segundo, estoy seguro de que va a decirme que lo estacionó en el centro comercial, y que voy a tener que caminar mi culo hasta la

carretera durante una hora para llegar allí. En cambio, se encoge de hombros y dice finalmente:

—En el extremo norte de Wheeler Park. En Birch.

Me deslizo por debajo de mi taburete, terminando la pinta por la que acabo de pagar quince dólares. Hutch todavía me miraba con esos ojos que no puedo describir. Hace una pausa, y luego dice:

—Pero yo te lo estoy diciendo ahora, alguna vez vas a encontrar a alguien que le va gusta el trabajo, será mejor que corras hacia el maldito otro lado, porque estás buscando en el verdadero monstruo. Estás luciendo como él.

Me tomo mi tiempo para caminar hasta el centro... disculpa, "Centro histórico," como lo llaman, necesita esa distinción porque hay otro centro más importante en Flagstaff, con rascacielos. Me tomo mi tiempo porque el sol está fuera y es un hermoso color azul-cielo de mañana, del tipo que normalmente hace que todo bajo el cielo parezca mucho más jodido en comparación, pero no hoy.

Por el rabillo de mi ojo, veo la antigua estación de tren, donde mi padre y yo solíamos tirar centavos para verlos mutilados en las vías. Por primera vez en años, considero cruzar la calle para sentarme en uno de los bancos, sólo porque sé que nunca lo volveré a hacer. No sé cómo me gustaría pasar el tiempo, además de sentarme —aunque algunos trenes siguen funcionando ya no toman esta ruta. He estado haciendo mucho de eso últimamente. Sentarme alrededor, sin hacer nada, pensando en el trabajo, pero sin encontrarlo. Creo que ese es el problema, todo eso de sentarme; lleva a pensar en toda esta mierda, sobre los parques que tenían que convertirse en cementerios, sobre dejar el restaurante de mi padre después de todos estos años, sobre el hecho de que teníamos que pasar a un nuevo trailer porque no podíamos obtener sangre en las paredes de la antigua.

Maldita sea Hutch, creo. Lo único que papá quería era una salida.

Me dirijo por las tiendas tapiadas. Cuando yo era un niño... uso esa frase mucho, *cuando yo era un niño*. Eso fue, ¿qué? ¿Hace quince años? ¿Eres todavía un niño cuando tienes diez años? Supongo que no importa, pero era a la vuelta de esta parte de la ciudad dónde era agradable hasta para los turistas. Los edificios son prácticamente antiguos para los estándares de Arizona. Papá me dijo que la mayoría

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

de ellos, incluyendo el ladrillo rojo con las torres blancas, solían ser viejos hoteles. Ahora *son* tiendas de cuentas, o venden mierda de cristal místico de Sedona o madera petrificada falsa. Esas son las tiendas que sobrevivieron a la cara-planta de la economía.

No hay nadie fuera vagando por la mañana, y hay poco tráfico. Esa es la única razón por la que puedo escuchar el canto a tres cuerdas de donde la "protesta" está teniendo lugar. Pienso en cortar un bloque e ir por el camino largo, pero la ciudad encargó ese mural conmemorativo horrible allí que me eriza la piel cada vez que paso por ella. En él, hay estos cinco niños, todos corriendo por ese campo de flores. Uno de ellos está en un columpio que cuelga de una nube. Se llama *Su patio de recreo es el Paraíso*, si alguna vez haces la caminata hasta Flagstaff y estás de humor para odiar a la humanidad mucho más.

La escuadra está con toda su fuerza en la puerta del Ayuntamiento. Por supuesto. Es un día que termina con *y*¹. De regreso a unos años atrás, pensé que podría lograr algo sólo por el gran número de productos de la venta de pasteles que estaban produciendo y vendiendo para recaudar dinero para que trajese el fondo a casa. Ahora es obvio que ese nunca fue el punto.

Mantengo mi cabeza hacia abajo y el sombrero calado, haciendo caso omiso de la mujer del escuadrón que corre en sus vaqueros demasiado apretados y la camisa de color amarillo brillante "MADRE CONTRA LOS CAMPOS," empujando su portapapeles en mi camino.

—¿Has firmado la petición para *traerlos a casa*?

En realidad, no, señora.

—¿Te gustaría firmar la petición?

Igual que me gustaría tragar un tazón de vidrio roto.

—¿Por qué no?

Porque no soy súper en la idea de tener un par de miles de pequeños monstruos que ejecutan en todo el país que sopla mierda.

Tomo el portapapeles y garabateo en una de las cajas vacías, esperando que sea suficiente para que ella me deje en paz. Lo que es realmente sorprendente para mí es que a pesar de que se las arreglaron para hacer crecer sus números, parece que están haciendo menos. Incluso con la adición del grupo spin-off, padres contra campamentos,

¹En inglés todos los días de la semana terminan con *y*.

sé que es un hecho que no han recibido ninguna información del Gobierno.

Tienen que saber lo patético que todos se ven, ¿verdad? Obstinadamente se reúnen aquí, como el pelo de gato en un suéter negro, pero no hay ningún político en el Ayuntamiento... ellos vienen en autobús a Phoenix de vez en cuando para asegurarse de que la ciudad no se ha disuelto en el caos o en barricada como si fuera poco. Los padres simplemente no pueden decidirse a romper el patrón. Todos los días es la misma escena de ellos de pie y hablando el uno al otro, abrazándose, llorando y ahuecando las fotos a harapientos filos de sus fanáticos de entre sus manos. Estas persona —los "verdaderos adultos," los llamaba mi madre —se sientan alrededor para buscar el perdón del culpable. Pero si realmente quisieran lograr algo, no estarían en Phoenix. Estarían en DC o Nueva York, tratando de encontrar dónde sea el agujero que el Presidente Gray había cavado para sí mismo, para que él responda por lo que ha hecho.

Ni siquiera parecen darse cuenta que hasta la última gota de su libertad ha sido despojada de ellos, de *todos* nosotros; que sólo se preocupan por los *niños, los niños, los niños*.

Quiero decirle a la señora Roberts que deje de ser una hipócrita al decirle al señor Monroe, la señora González, y la señora Hart que hicieron esto por sí mismos. Enviaron a sus "bebés" a la escuela ese día y luego estaban de pie alrededor de la cerca del patio con el resto de nosotros, viendo como los uniformes negros acompañaban a los monstruos a los autobuses. Lamentan que ahora ven lo que la mayoría de nosotros ha sospechado desde el principio. Estos autobuses sólo iban en una dirección: lejos de ellos.

Aquí está la cosa que no entiendo: el gobierno les dice una y otra vez, a través de las noticias, a través de los periódicos, en la radio, que la única forma en que estos monstruos van a sobrevivir es si reciben este tratamiento de rehabilitación en estos campos. Incluso el hijo del presidente demostró que "funciona," desfilando por todo el país en una especie de tour de celebración que está claramente diseñado para suavizar las actitudes de la gente sobre el envío de sus monstruos a distancia. Bueno, claro, bien.

Pero después de haber pasado un año o dos, más y más fanáticos se vieron afectados. Más son enviados a estos campamentos de rehabilitación por padres desesperados. Pero, mientras tanto, no estamos viendo a ningún monstruo "curado" que salga de ellos. No se encontrarán en el tercer año, o en cuatro o cinco años. Si estos padres

habían estado prestando atención desde el principio, no corriendo como una banda de pollos aterrados, todos luchando por el último trozo de esperanza, ninguno de ellos estuvo dispuesto a levantarse y cuestionarlo, tendrían que haber visto la mentira a una milla de distancia. Nunca han registrado a sus monstruos en esa base de datos en línea, la que el gobierno, básicamente, sólo convirtió en una red para ayudar a saltar trazadores y recoger a los monstruos que no fueron enviados de buena gana.

Han pasado seis años. Ellos no van a volver, e incluso si lo hicieran, mira en lo que estos "verdaderos adultos" han dejado que este país se convierta. ¿Por qué iban a querer traer a un niño de nuevo a un lugar como este? Cuando el periódico que leen está lleno de mentiras, y cada paso que dan y palabra que hablan será objeto de seguimiento. El tipo de mundo en el que puedan trabajar toda su vida, sólo para ser asfixiados lentamente sabiendo que nunca llegarán a nada y las cosas nunca van a mejorar para ellos.

Sólo quiero que admitan que hicieron por sí mismos, que permiten a Gray llevar a sus hijos, pero que también le dejan robar la esperanza para el futuro. Estoy tan harto de tener que sentir pena por estas personas cuando el resto de nosotros estamos sufriendo, también.

Sólo quiero que admitan para sí mismos que hemos perdido más de unos pocos monstruos.

Sólo quiero que todos dejen de mentir.

No hay gas en la vieja camioneta azul. Por supuesto. Tengo que caminar por toda la ciudad pidiendo a la gente para un cuarto de litro aquí y otro cuarto de allí, y todo el tiempo estas personas están mirándome como si les hubiese pedido que prendieran fuego. Conozco a la gente adecuada con quien hablar, sin embargo. Ellos eran los más inteligentes que salvaron cada ración de gas de la Guardia Nacional repartida por la vieja gasolinera Sinclair. Recuerdo estar esperando bajo el signo de —el gran dinosaurio verde— escalofríos, ya que se estaba por debajo de cinco, y toda la ciudad estaba alineada por la carretera, esperando su turno. Hace aproximadamente dos años, la Guardia Nacional simplemente dejó de venir, y cuando desaparecieron, también lo hizo el gas.

Así que paso un montón de cosas.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Han convertido los viejos parques de atracciones en parques de casas rodantes y campings. Hace diez años, si me hubieran preguntado que imaginara un mundo en el que miles de personas se hacían en un par de kilómetros de espacio, mientras que miles de casas estaban vacías y se mantenían cerradas por los bancos... no sé lo que hubiera pensado. Probablemente pensaría que estabas hablando de una mala película.

Hutch dice que cada niño puede traer alrededor de diez mil dólares. Diez mil dólares. Uno o dos no va a ser suficiente para comprarme una casa de verdad ni nada de eso, pero podría ser suficiente para hacer uno de esos programas de estudios universitarios de dos años. Con un certificado, podría ser capaz de encontrar un trabajo estable en otra ciudad, y tal vez eso significaría una oportunidad de poseer algún tipo de casa, aunque sea en un futuro lejano. Alojarse aquí, no tendría opción.

Reviso tres veces para asegurarme de que el camión estuviera bloqueado antes de empezar a caminar penosamente a través de la hierba embarrada hacia casa. Ya tengo la sensación de los ojos curiosos que me siguen, tomando un segundo vistazo a mi camión. Teniendo en cuenta que he estado allí. Todos hemos estado allí. Siempre es más fácil tomar algo de trabajo para ello, pero no sé cuántas personas quieren un alto consumo de gasolina con un camión treinta años, con pintura oxidándose en grandes grupos.

De todos modos, no voy a estar aquí el tiempo suficiente para que puedan deslizarse. Dentro y fuera. Me dije a mí mismo que pasaría todo por encima. Dentro y fuera.

La puerta cruje cuando la abro y se cierra de golpe detrás de mí. No sólo fue un regalo de los Estados Unidos de América, sino que en todas partes hay piezas estampadas con HECHO EN CHINA. Las partes de aluminio son tan finas que parecen funcionar de la forma en que el viento está soplando.

No hay mucho ambiente más allá del espacio para las camas en literas en la parte trasera y una pequeña cocina, pero mamá encontró una manera de conectar una televisión del tamaño de un puño sobre la mesa abatible donde se supone que debemos comer. Nadie tiene el dinero o el tiempo para crear algo nuevo, por lo que ya sea noticias o reposiciones todo el tiempo. En este momento, parece un episodio de la *Rueda de la Fortuna* de la década de 1990. A veces pienso que me gustan los días en el que no tenemos ningún poder, porque esa es la única cosa que rompe su trance el tiempo suficiente para que ella recuerde comer y lavarse el pelo.

Ella ni siquiera levantó la vista cuando entro —pero la veo de inmediato. Ha tomado mi proyecto de comunicación original y grabó una copia de seguridad en la pequeña nevera. Sigo quitándola y ella sigue poniéndola, sigo explicándole y ella sigue ignorándome.

—Los reclutadores de la PSF fueron por más —dice ella, no rompe su mirada del el televisor—. Les hablé acerca de tu problema y me dijeron que debería venir y tener una doble comprobación. Ya sabes, sólo para estar seguros.

Cierro los ojos, cuento hasta veinte, y luego me detengo cuando me acuerdo de que eso es lo que papá solía hacer. El pelo rubio frágil de mamá parece que no se ha cepillado en semanas, y está vestida con una túnica de color rosa pálido sobre una camisa de Mickey Mouse y jeans. Cualquiera sabría que ella no dormía desde la noche anterior y anterior. Abro la nevera sólo para estar seguro de que estoy en lo cierto... y ahí está. El infinito, nada enorme. Comimos la última lata de sopa ayer por la noche para la cena, así que no iba a conseguir sus raciones en caja esta mañana.

—¿Por qué hueles a humo? —pregunta de repente—. ¿Has estado en el bar? ¿En el antiguo bar de tu padre?

Camino hacia la litera en la parte trasera, levanto mi pequeña mochila de ella, y la paso por encima de mi hombro.

—Voy a salir.

—¿Has oído lo que dije sobre el PSF, chico? —preguntó ella, con la mirada a la deriva de nuevo a la televisión. Su voz cada vez más, más pequeña.

—¿Escuchaste lo que te dije las últimas diez mil veces que sacaste el tema? —le dije, odiando que la ira estuviera ganando de nuevo—. No me van a tomar. La Guardia Nacional tampoco.

Creo que está esperando que estén lo suficientemente desesperados como para finalmente quererme. Pero las últimas cinco veces que he quedado con el reclutador, me han dicho que la rodilla que me rompí jugando al fútbol, y los tornillos que los médicos pusieron para reconstruirlo me descalificaba. Lo he intentado todo —tratando de aplicar en otro condado. No funciona. Ellos saben que la gente quiere entrar —es el único sueldo garantizado que queda en este país. Sirves a sus cuatro años en el infierno y te dan un cheque cada mes.

—Todos tus amigos, sin embargo —dice ella dice—, ¿no pueden ellos

ayudarte a entrar?

No he sabido nada de ellos en cuatro años, desde que entraron en servicio. Al parecer, se ponen el uniforme y se dejan atrapar en una especie de agujero negro. La única razón por la que cualquiera de nosotros sabemos que están vivos es que el gobierno sigue cortando estos cheques y enviándolos a casa con sus familias, siguen enviando unas pocas latas adicionales en cada una de sus cajas de raciones.

—Me voy —digo, apretando mis manos en mi mochila. Mis llaves tintinean en el bolsillo mientras me muevo, lo suficientemente alto para que ella levante la vista de nuevo.

—¿Qué hiciste? —exige, como si tuviera derecho—. ¿Te llevaste el dinero de la universidad? ¿Compraste ese camión?

Me río. Realmente, realmente río. Ochocientos dólares no es suficiente ni siquiera para pensar en la universidad, no importa aplicar. Era caro antes; ahora es sólo estúpidamente caro. Por no hablar de que sólo hay unas universidades. Northern Arizona cerró, la Universidad de Arizona cerró, la mayoría de las escuelas de Nuevo México y Utah, también. Hay muchas instituciones que siguen abiertas en California, creo, y una de las Universidades de Texas. Estaría bien en Texas. No soy lo bastante ilusorio para pensar que me podía permitir una de las pocas escuelas privadas de lujo en el este, como la Universidad de Harvard.

Dos monstruos son realmente todo lo que necesito. Si resulta que soy bueno en esto, entonces genial. Voy a guardar lo que recibo de los monstruos de tres, cuatro y cinco. El verdadero problema es mamá y el resto de la gente en esta ciudad que no piensan en grande. Son el tipo de gente que está demasiado satisfecha con la vida de pequeña mano para pensar de que podría haber una maceta más grande.

No pueden ver que estoy invirtiendo en mi futuro. Ellos ya han invertido mucho en esta ciudad.

—Eres un idiota —susurra cuando pateo la puerta abierta—. Vas a estar de vuelta. No tienes ni idea de cómo cuidar de ti mismo, chico. ¡Cuando esto explote en tu cara, no vengas arrastrando tu culo de vuelta aquí! —Y cuando eso no funciona, se pone seria—. Eres un maldito tonto, vas a terminar igual que tu padre.

Se arrastra todo el camino de regreso a mi camioneta, gritando cualquier palabra desagradable que su mente puede reunir con la suficiente rapidez. Ella sabe la verdad, así como yo lo hago: he estado

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

EYES DE LOS ANGELES

THE DARKEST MINDS 1.5

cuidando de ella todo este tiempo, y sin mí, ella no va a durar.

Y no me importa. Realmente no lo hace. No he tenido un padre desde que papá apagó la parte posterior de su cráneo.

Todo eso atrayendo los ojos y el vómito de interés desde el mar de los acoplados de plata sucia que nos rodean. Bueno. Quiero que vean que me voy. Quiero que sepan que hago lo que nadie más pudo. Pueden contar la historia a sus vecinos, extenderse por la ciudad en susurros de asombro. La última visión que van a tener es la parte de atrás de mi cabeza mientras estoy conduciendo a la distancia. Cuando hablen de mí por años a partir de ahora, sólo una cosa dirán que realmente importa.

Me marché.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Capítulo 2

*Traducido por Key
Corregido por katiliz94*

DESPUÉS de dos semanas de presionarme arriba y abajo de la I—17, reventándome el culo para conseguir mi primera anotación, me veo obligado a admitir que al menos una cosa, de que lo que Hutch decía, era verdad: los otros trazadores de saltos han cazado estos monstruos hasta el punto de extinción.

No me malinterpretes, yo no esperaba subir a un árbol, sacudirlo, y tener algunos monstruos viniendo a borbotones. Conseguí hace años el sentido de que los que esquivaban las pastillas de campamentos de rehabilitación eran pocos y distantes entre sí. Son sólo simples estadísticas. Cuando pierdes el 98 por ciento de una población y después de que el 2 por ciento restante se divide en: 75 por ciento en los campos y un 25 por ciento en la carrera, estás... trabajando con un número menor.

Un pequeño número real.

Golpeó la puerta de mi habitación detrás de mí, ignorando la mirada asesina que recibo de la vieja señora que dirige el lugar. Ella está fuera de la supervisión de los medidores de agua, por lo que ninguno de nosotros vamos por nuestra cantidad asignada, lo cual no es mucho teniendo en cuenta que solamente estamos pagando cincuenta dólares a la semana para mantenernos en este lugar. Sus dos hijos de mediana edad ayudan a manejar la chusma que siempre está soplando dentro y fuera de su conjunto; ellos recogen el alquiler y se aseguran de que nadie está tratando de convertir trucos o vender algo que no debería estar vendiendo en un establecimiento de negocios adecuado. El cartel afuera dice que este lugar es un motel, pero han estado funcionando como apartamentos de corta estancia desde que la economía se estrelló.

El motel fue construido en la década de 1960 y claramente no ha sido renovado desde entonces. Es un complejo de tierra marrón de dos pisos despojado a las necesidades básicas, con algunas macetas de flores esparcidas alrededor para refrescar el lugar muriendo. Pero es tan

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

malditamente caliente y seco este verano, incluso en Cottonwood, estas violetas nunca tuvieron una oportunidad.

—¿Volverá a pagar por sus dos semanas? —La vieja llama mientras desbloqueo el camión. Su nombre es Beverly, pero lleva la vieja camisa de bolos de su marido muerto día tras día, y su nombre, de acuerdo con el bordado, fue Phil. Así que, naturalmente, mi cerebro la llama Phyllis.

—Volveré esta noche —le digo. Voy a tener que volver. Cottonwood está en el lado más seguro y más rural, pero Phyllis es tan malditamente feroz sobre su beneficio que no me extrañaría que ella me lanzara hacia fuera y trajera a otra persona en caso de que ella no tenga el dinero en efectivo en la mano antes de que anochezca. De vez en cuando la veo mirándome, y me preocupa que ella tenga algún tipo de capacidad monstruosa de su propio decir que mi billetera está debajo de la nada.

Le doy un gesto amistoso mientras me aparto, a continuación, me enseña todos menos un dedo, y se vuelve de nuevo a su trabajo.

Bien. Ganarse a la vieja.

No soy estúpido. Ahorré dinero suficiente para sobrevivir hasta que consiguiera la primera puntuación, siempre que la primera puntuación llegara en un mes o dos. La cosa que no pensé exactamente era cómo iba a empezar a buscar. Hutch me dio su desgastado manual PSI FUGITIVO DE AGENTE DE RECUPERACIÓN para que lo usara, pero él vendió toda la tecnología que venía con eso por dinero para cerveza cuando regresó a Flagstaff. Esa es la mayor parte de mierda para tratar de empezar: tienes que encontrar a un niño y convertirlo antes de que estés oficialmente registrado en el sistema de trazadores de saltos. *Entonces* te dan esa tableta que está enganchada en tu red de perfil. *Entonces* puedes comenzar a ganar puntos y ascender en la clasificación. He leído en el libro que ganas más puntos mediante la adición de avistamientos y buenos consejos a la red de trazadores de saltos, el mayor acceso al gobierno te da cosas como el Internet.

El Internet haría esto unas dos mil veces más fácil, pienso, girando a la carretera. Mi luz de gas parpadea, ha estado así por días. He trabajado un sistema, sin embargo. Creo que puedo estirar el tanque por lo menos otras dos salidas.

Lo llamo un sistema para sentirme mejor sobre el hecho de que estoy a la caza de pistas en la manera más contraria imaginable. Conduzco a uno de los pueblos pequeños cercanos, como Wickenburg o Sedona o Payson, y salgo, dejando el camión en algún lugar donde creo que la

gente no se verá tentada a tratar de robarlo o sacar el gas de mi tanque. Me paseo por los barrios, asegurándome de pasar por las escuelas locales. La gente siempre parece dejar los carteles de DESAPARECIDO, clavados en las rejas de metal sueltas. Tal vez piensan que los niños están colgando alrededor de los lugares que solían frecuentar y que van a ver a los volantes y piensan, *Hombre, realmente debería irme a casa — mamá realmente me debe extrañar*. Los tomo uno por uno, recogiénolos para que pueda compararlos con el sistema de trazadores de saltos. Una vez que tenga acceso a la red. Una vez que realmente encuentre un niño y lo lleve dentro.

Un día más, pienso, para terminar la semana. Entonces voy a aguantar y utilizar todo el dinero que me queda para comprar gasolina y conducir de vuelta a Phoenix. Más barrios, más edificios abandonados, millones de familia, yo debería tener mejor suerte allí. Solo que pica un poco, ¿sabes? No es como que ya esté listo para tener que renunciar a mi plan.

La única cosa que nunca parece llegar fácil en estos días es mi suerte de mierda.

Decido tomar la I—17 sur a Camp Verde hoy, por ninguna otra razón de la que no me haya dejado caer en una semana. Una de las estaciones de servicio no se encuentra todavía en los negocios, aunque el valor real del lugar es el flujo constante de los conductores de camiones que entran y salen de allí, llevando chismes con ellos.

Apago el aire acondicionado para tratar de preservar el gas, bajando la ventana para dejar entrar un poco de aire fresco y el sol. Papá solía decir que se tomaba el esfuerzo de pensar en cosas buenas y positivas, pero era más fácil dejar que tu mente se fuera a todos los terribles resultados, que preocuparse por cosas que ni siquiera habían venido a pasar aún. Lo veo ahora más que nunca, porque lo único que tengo que hacer es pensar en él, y me siento resbalar. Empiezo partiendo por ese camino comprendiendo por qué lo hizo. Él fue humillado al perder el restaurante, ya sé que lo fue, pero era más que eso, era que él sabía que el restaurante era la única vida para él. Y cuando el mundo se lo arrebató, de repente papá estaba fuera de opciones. Él nos tuvo, y no podía permitirse el lujo de moverse a sí mismo a otro lugar, y mucho menos a nosotros tres. Lo atrapamos allí, y él tomó la única salida que él pensó que quedaba para él.

Yo mismo me he enseñado el truco de que cuando empieza a sentirse de esa manera para mí, también, tengo que salir a la calle y caminar fuera. Tengo que bajar una ventana y dejar que el aroma terroso verde

venga a lavar el hedor de la sangre caliente que parece estar grabado a fuego vivo en mi nariz siempre.

Una camioneta roja parpadea en el espejo retrovisor, tirando de mí fuera de ese negro, feo camino y de nuevo al que está delante de mí. Hago una toma doble, porque el bastardo al volante está realmente, realmente haciendo fuego, casi como si estuviera tratando de escapar de las montañas sombreadas detrás de él. Un segundo después, está volando hacia mí, desviándose para cortar en frente de mí. Todo el camión derrapa mientras un sedán de color beige golpea pasándome, siguiendo el primer coche a una velocidad que me hace instintivamente sacar mi coche en el arcén, incluso después de que han pasado mucho tiempo desde los otros dos coches. Mi corazón está golpeando contra mis costillas, y estoy muy enfadado acerca de los conductores de culo, sigo estando tan atascado en esa última imagen de Papá boca abajo en el viejo remolque que me toma un segundo para recuperarme.

Joder. Me froto la mano por la frente. Joder, joder, joder. Si esos idiotas quisieron correr, podrían haber elegido un camino secundario, donde no había ninguna posibilidad de golpear a nadie. Por supuesto, nosotros tres somos los únicos coches que he visto desde que salí de Cottonwood, pero aun así. Morir como un daño colateral en un accidente de tráfico de alta velocidad, sin duda no es parte del plan.

—Mueve tu culo —murmuré—. Jesús, tú marico...

Enciendo el intermitente para retroceder antes de darme cuenta de lo estúpida que es la precaución. Podría conducir por el centro de la carretera si quisiera, así que lo hago. Sólo para ver lo que se siente. ¿Y sabes qué? En realidad, se siente muy impresionante, como si yo poseyera todo el tramo abierto del valle delante de mí, como si pudiera...

Golpeo en mis frenos y mi camión se detiene cerca de cinco pies más tarde.

El SUV de color rojo se volcó, literalmente, patas arriba, en la mediana de césped que separa los carriles hacia el norte y hacia el sur. Está humeando y dos de las ruedas siguen rodando contra el aire. Estacionado en diagonal a través de los carriles está el sedán de color beige. Dos hombres saltan, los dos con esas chaquetas de camuflaje de aspecto pegajosas, rifles en frente de ellos. Uno de ellos es la versión más alta del otro. Ambos tienen el oscuro pelo largo y fibroso que se reúne en nubes de frizz bajo sus sombreros. Son completamente

barbudos, y barrigones, y por un segundo me dan ganas de reír. Pero ahí es cuando aparece la chica.

Ella tiene una cabeza de rizos oscuros y lleva una camiseta sin mangas y pantalones vaqueros. A su derecha está una rubia bajita, envuelta en una sudadera con capucha negra de gran tamaño. Acurrucada detrás de ellos está una niña aún más joven, asiática, con cabello largo y suelto negro. Que sigue tratando de dar marcha atrás a la camioneta, pero la rubia mantiene su agarre y tira de ella cerca de su lado.

Las armas suben de repente y al nivel de las de los hombres, y uno de ellos dispara a la ventana trasera de la camioneta, rompiendo el cristal. Puedo oír a las chicas gritando y de repente estoy fuera del coche, y los cinco están mirando hacia mí.

—¡Vete de aquí! —grita uno de los hombres, su arma se volvió hacia mí. Lanzo mis manos arriba, porque ¿qué demonios se supone que debo hacer? Nada de esto se siente real. Estoy viendo a un niño y un adolescente por primera vez en seis años, y es como si mi cerebro no pudiera entender.

Las niñas se van. Por el rabillo de mi ojo, veo que se van, cortando a través de la carretera. La mayor toca el capó de uno de los coches que han sido abandonados allí, y sus faros se encienden, el motor ruge de vuelta a la vida. Ella hace este movimiento como si estuviera barriendo el polvo de él, y sin ningún otro aviso, el coche está siendo disparado a través de la mediana hacia los hombres, los trazadores de saltos.

Santa mierda.

Tú oyes hablar de las cosas que estos monstruos pueden hacer, pero entiendes que algunos de ellos tienen que ser exagerados. No hay manera de que alguien pueda parpadear y establecer una casa en llamas, ¿no? Y esa chica, ella sólo... ella sólo...

Los trazadores de saltos tienen que saltar fuera del camino para evitar ser golpeados, pero cualquiera que sea el poder loco resucitó el coche parpadeando de repente, y rodó a una parada lenta en el hombrillo opuesto. No creo que alguna vez la intención fuera golpear al coche, sólo empacar suficiente de un punzón para servir como una distracción. Estoy medio horrorizado, medio sorprendido de que funcionase.

—Están corriendo —le grito a los hombres, tirando de mi brazo en su dirección. Las chicas están tratando de refugiarse en el Bosque Nacional de Tonto.

Los hombres las persiguen, lanzándome estas miradas como si fuera *mi* culpa. No sé, a lo mejor lo es. Tal vez debería estar corriendo detrás de los monstruos, también, a ver si puedo deslizar uno de ellos para mí. No hay nada en el manual que diga que no puedes, o que así consigues puntos. Parece como que podría ser un negocio peligroso para encontrarte de repente siendo perseguido por la misma gente que acabas de robar.

Pero podrían tener otras cosas que necesito.

No estoy orgulloso de ello, ¿de acuerdo? Pero voy y miro todos modos, mirando a través del resplandor del sol en la ventana del lado del conductor para ver si dejaron algo valioso cuando se fueron. Hay un pequeño fajo de dinero en uno de los sostenedores de la bebida, pero no veo nada de su tecnología. Figúrate.

La puerta está abierta, que hace mucho más bella la decisión para mí. Me deslizo el dinero en el bolsillo de atrás, dando un saludo en su dirección. No lo van a perder, me digo. Ellos van a tener treinta de los grandes para sí si capturan a esas chicas. Esas *cosas*.

El manual te dice que no a pensar en ellos como si fueran seres humanos reales. Eso es más fácil después de ver a la ninja psíquica poner en marcha el coche y enviarlo volando, pero yo todavía no sé si puedo seguir el consejo. Uno de los trazadores de saltos que cotizan dijo que a él le gusta pensar en ellos como perros —cachorros, de verdad. Los seres vivos que no son como nosotros, pero todavía tienen necesidades. Voy a empezar allí. Cachorros —no, los cachorros son muy lindos. Yo me quedo con los monstruos.

Y es la cosa más extraña, porque mientras camino por la camioneta volteada, te juro que oigo un perro gimoteando cerca. Me digo a mí mismo que siga caminando, para obtener el infierno fuera de aquí antes de que los de barbas vuelvan de nuevo y observen lo que falta, pero mis ojos se deslizan hacia la oscura figura en el asiento del conductor de la camioneta. Con el vidrio soplado a través del parabrisas, puedo ver el ángulo antinatural del cuello del chico. Sus largas rastas caen alrededor del lugar donde la cabeza se atasca contra el techo del coche, pero no cubren los fragmentos irregulares de vidrio incrustados en la garganta. La sangre se sigue derramando hacia abajo sobre su barbilla, deslizándose sobre su piel oscura, sus ojos abiertos y sin pestañear.

Ni siquiera está frío todavía.

El cuerpo. El chico... la cosa.

Recuerdo haber tenido diez años, vagando alrededor de detrás del restaurante de mi padre después de la escuela con dos de mis amigos. Una tarde empujamos todos los botes de basura en sus lados, porque uno de nosotros tuvo la genial idea de saltar sobre ellos con nuestras bicicletas como los chicos que habíamos visto en MTV —uno de esos programas estúpidos. Sólo que cuando volteamos a uno de ellos, allí estaba un gato muerto detrás de él. Nunca en mi vida olvidaré ese maldito gato. La forma en que su pelo gris estaba enmarañado, cubierto con la sangre, la mitad posterior de su cuerpo roto por lo que supongo que era un coche. Nosotros tres, nos sentamos allí mirando, tomando turnos para tratar de acercarnos a eso sin vomitar. Durante horas.

Y ese gato fue el primero que se me ocurrió más tarde esa noche, cuando me encontré con el cuerpo de papá.

¿Qué pasa con las cosas horribles y violentas que nos capturan? Nunca había visto una cosa muerta antes de ese momento, pero años más tarde, sería un funeral tras otro y todo el mundo iba a querer saber todos los detalles de cada uno de ellos. El flujo de noticias de veinticuatro horas se detendría fingiendo que había otras historias que informar. Y todos nosotros, nos quedamos enganchados a la cobertura de los cientos, miles, millones de muertes como adictos, a la espera de ver lo mal que lo conseguiría, ahogándose en él. Y cuando sucedieron los bombardeos en D.C., olvídale. Me quedé en casa desde el trabajo por dos semanas, una sobredosis de CNN.

Hay un segundo de silencio antes de que el golpeteo comience y una mano pequeña, pálida comience a golpear contra la ventana trasera de pasajeros. Siento a mis piernas en movimiento, corriendo, llevándome al otro lado de la camioneta, donde las puertas están colgando abiertas.

Hay una chica, tal vez de once años como mucho, en el asiento justo detrás del conductor, mirando hacia mí a través de los restos, con la cara manchada de sangre. Ella está colgando boca abajo, luchando con el cinturón de seguridad. Parece que el asiento del conductor está casi roto por la mitad, haciendo una reverencia hacia atrás para que la pequeña niña se fije en su lugar. Por un segundo, no creo en mi primera impresión y me parece que estoy viendo a un niño. Su pelo negro se disparó alrededor de su cabeza como un duendecillo, y me lleva un momento más de lo que probablemente debería darme cuenta que ella —eso— lleva un vestido de color rosa brillante.

El cinturón de seguridad está atascado, pienso. Soy vagamente consciente de mi mano llegando a ella —eso, maldita sea— y, de repente, estoy agarrando la correa yo mismo, tratando de arrancarle la hebilla por la fuerza. Me subo en el interior para ir a él desde un ángulo mejor, y su expresión de alivio se vuelve hacia una de irritación —como, *Hey, idiota, si eso alguna vez fuera a funcionar, ¿yo todavía seguiría sentada aquí?*

Su cara es de color rosa con la sangre corriendo en ella, pero se las arregló para conseguir liberar su pierna derecha. Ella se esfuerza, extendiéndose hacia fuera tanto como puede, con la punta del pie señalando al niño muerto en el asiento delantero. Al cuchillo que llevaba en la cadera. Maldita sea, pienso. ¿Por qué no tengo un cuchillo? Y porque ella piensa claramente que soy un idiota, ella hace un movimiento de sierra con las manos contra la parte del cinturón de seguridad sobre sus caderas.

—Sí, sí, lo entiendo —murmuro. Estoy tratando de ignorar esa voz en la parte posterior de la cabeza, la que suena sospechosamente como mi papá. Él pregunta, *¿Qué estás haciendo?* Está señalando, *Robar dinero es una cosa, pero si crees que esas son el tipo de personas que dejan que te salgas con esto...*

¿No es suficiente para ellos tres, sin embargo? ¿Tienen que ser codiciosos y tomar cuatro monstruos? Yo sólo necesito uno. Sólo uno para obtener esta operación en marcha. ¿No son estúpidos por no revisar para ver si este fenómeno estaba vivo antes de quedarse después de ir por los demás? Parece que tenía que encontrarla a ella —eso— como si esto fuera para mí. En algún lugar muy dentro, sé que tengo razón. Sé que nunca voy a tenerlo tan fácil de nuevo. Es un regalo, y es para mí, y voy a tomarlo.

Esos tipos no dudarían en quitármela. Por supuesto, no puedo saber de cualquier manera, pero ¿quién puede decir que ellos no solo me dispararán en la espalda y pasarán por encima de mi cadáver para llegar a ella? Sí.

Necesito este monstruo. Necesito comida y el gas y el dinero para pagar a Phyllis para que pueda empezar a perseguir a otro pobre idiota por su alquiler.

Voy al cinturón de seguridad con todo lo que tengo, y todavía no he cortado a través de él. La cinta hizo un número en la niña; puedo ver la roncha roja formándose donde bloquea en su cuello mientras ella se lanzaba hacia adelante.

—¡Quédate quieta! —Me rompo, porque está girando y retorciéndose como un pez en la mano tratando de volver al agua. Por último, la tela y el encaje se degastaron en total. La niña es lo suficientemente ligera para deslizarse por debajo de la correa alrededor de su pecho, cayendo sobre el techo aplastado de la camioneta. Ella tiene que arrastrarse a través de la sección rota del asiento del conductor. Veo que sus ojos comienzan a desplazarse hacia el cuerpo allí, y no sé, no sé por qué, pero no quiero que ella lo vea.

—¡Vamos, vamos! —Tengo mis manos extendidas hacia ella y ella prácticamente se desliza directa en ellas. Ella pesa casi nada; es todo huesos delicados y finos y sudor y piel resbaladiza de sangre. Halo a salir de la camioneta, tratando de estirar el cuello a la distancia de donde ella tiene sus brazos cerrados alrededor de sí, casi como si estuviera entrando en un gran abrazo.

—Jesús, niña, basta, ¡no te estoy rescatando! —le digo—. ¿Eres tan estúpida? ¡Basta!

Trato de forzar la imagen de su rostro fuera de mi mente, para matar a la esquina de mi corazón, donde la simpatía viene a casa a dormir. *Piense en ellos como perros callejeros, dijo el manual. Tienen que traerlos, o dejarlos si presentan demasiada pelea.*

La primera patada en la entrepierna me hace ver las estrellas. Los pequeños pies en los estúpidos tenis de color rosa son todo un vuelo repentino, golpeando contra mi pecho y las piernas. Me tropiezo hacia delante, lanzándonos a los dos hacia abajo sobre el asfalto caliente. Ella está hacia arriba y sobre sus pies mientras yo estoy rodando por el suelo, sosteniendo mi entrepierna, tratando de no llorar.

Mierda, tengo que levantarme, tengo que levantarme, tengo que...

Me empujo sobre mis rodillas y trato de lanzarme a por ella, pero el monstruo es tan condenadamente diminuto que todo lo que tiene que hacer es agacharse y mis brazos están cortando a través del aire. Voy dando tumbos tras ella, pensando que va a tratar de perderme por el camino, desapareciendo entre la maleza baja y seca que puntea el valle verde.

En cambio, se estrella en el sedán de color beige de los trazadores de saltos, lanzando las dos manos contra el capó. Todo el coche hace este sonido bajo y de lloriqueo, la forma en que mi violín de la escuela intermedia solía sonar cuando no estaba sintonizado y trataba de arrastrar el arco a través de ella. La atrapé alrededor de la cintura,

balanceándola alrededor. Esta vez, no cometí el mismo error. La arrojo sobre mi hombro y ella lo sabe mejor que defenderse.

—*¡Hey!* —Un grito rebana a través del silencio, haciendo eco en el camino abierto. Me doy la vuelta, en busca de la fuente. Uno de los de las barbas está corriendo hacia nosotros. Hay un destello de plata, al igual que la luz me está dando un guiño. Ahí es donde va mi cerebro. No es que sea un arma de fuego, no es que yo debería dejar caer a esa niña y correr hacia mi coche, pero *¡Oh, mira! ¡Una chispa!*

—*¡Suéltalo!* —grita él.

La bala golpea en el marco deformado del SUV, haciéndome saltar. Las he visto —armas de fuego, quiero decir— antes, en la televisión y en las películas, y en los juegos. Pero las armas reales, son fuertes. Más agresivas.

No me puedo mover. Físicamente no puedo poner un pie delante del otro. Puedo sentir mi cerebro correr en círculos alrededor de la realización de lo que va a pasar si no pongo mi culo en marcha. ¿Por qué no tengo un arma? ¿Por qué no ahorrar lo suficiente para comprar una antes de irme?

Me hace sentir estúpido, como si fuera un niño de la escuela primaria que se presenta para las pruebas del equipo universitario.

Un dolor agudo dispara a través de mi espalda baja. La niña golpea el codo huesudo contra mi riñón nuevo. Duele como una perra, pero yo tropiezo delante, y una vez que me muevo, ya no me detengo, no para nada. No puedo. La barba está ahí. Mientras llego a la camioneta, lo veo detenido, pegándose a sí mismo, y sé lo que eso significa, incluso antes de que él levante los brazos y apunte. Yo prácticamente tiro a la chica en la cabina del camión y buceo detrás de ella. *Uno—dos—tres* disparos. —Jesús, este tipo está intentando matarme.

Estoy tratando de mantenerme en movimiento. Estoy tratando de dejar de pensar en el monstruo pegándose a sí mismo en el asiento junto a mí. Estoy tratando de recordar cuál es el pedal de gas y cuál es el freno, y de repente estamos volando hacia atrás en lugar de avanzar. Las balas silban contra el portón trasero. En el espejo retrovisor, la barba tiene que apartarse para evitar ser aplastado bajo mis ruedas. La realidad se vuelve como un golpe en la cabeza, y de repente, estoy azotando el coche, cambiando las marchas. El camión chilla y gime bajo la presión que estoy poniendo en el acelerador, pero hace el trabajo. Miro al otro de la barba saliendo de los árboles carbonizados, agitando los brazos en el aire. El primero engancha el fusil del hombro y lo lleva

hasta el nivel de los ojos, pero estamos muy lejos. Finalmente dejé que mis ojos cayeran desde el espejo y me doy cuenta que estoy conduciendo por el centro de la carretera de nuevo.

Estamos fuera de allí.

No sé por qué el alivio sale como una risa. Esto es del cero por ciento gracioso. Cero por ciento. La luz de gas está brillando como un demonio rojo y los chicos tienen un coche que es de unos veinte años más joven que el mío, pero a medida que pasan los minutos en adelante, me doy cuenta de que no nos están siguiendo. Me habrían capturado por ahora.

Entonces recuerdo.

Miro a mi derecha, a la niña —el monstruo sentado a mi lado mirando por la ventana. Hay algo casi... No quiero decir que ella se ve rota, porque sé lo que ella es. Todos ellos lo son; si no, no estaríamos en esta situación en primer lugar. Es más su cara se ha vuelto completamente blanca, y está mirando a la selva pasar pero no observando. La reflexión que veo en la ventana, con la sangre seca debajo de la nariz y en la frente, me hace sentir como que me está pateando de nuevo.

Eso me está pateando de nuevo. Ni siquiera puedo conseguir la parte correcta. Eso no es humano. Eso se trata de un ser vivo con necesidades, pero eso no es uno de nosotros.

—¿Le hiciste algo a su coche? —le pregunto, sorprendido de lo rudo que suena mi voz. Me preocupo por un segundo de que yo estuviera de alguna manera gritando sin escuchar o sentirlo.

Ella asiente con la cabeza.

—¿Eso te hace qué? —Casi que no quiero saber, porque sé que la respuesta no va a ser Verde. Mi suerte no es nunca, nunca tan buena. Apenas puedo mantener el estúpido sistema de color. Ellos trataron de modelar después de la antigua escala de alerta terrorista. Ese *nivel de amenaza todo es de color Naranja, por lo que se debe sentir niveles superiores a la media de temor de que alguien va a volar tu avión.* Ese sistema. Creo que Rojo es cuando el niño puede explotar cosas o iniciar incendios, Azul significa que pueden mover la mierda alrededor, amarillo es...

Mierda. Amarillo es jugar con la electricidad. Al igual que quemar coches. Mierda.

—¿Eres amarillo? —pregunto.

Es sólo cuando ella asiente que me doy cuenta que no he oído una sola palabra de ella.

—¿Qué? ¿Eres demasiado buena para hablar conmigo?

Ella me mira como, *Dame un respiro*, sus cejas oscuras dibujadas muy por debajo.

—¿No puedes? —Sigo adelante—. ¿No lo vas a hacer?

Ella no responde y tengo que decirme a mí mismo que pare. Todo esto sin hablar a mí me funciona. Es más fácil pensar en ella como un monstruo si no puede o no quiere quejarse de tener hambre o empezar a gritar hasta que sus pulmones revienten. Y de todos modos, no me importa. Definitivamente no me importa. *Diez de los grandes, sentados a mi lado.*

—¿Hay alguna posibilidad de que esos tipos puedan venir después de nosotros? —pregunto, porque, al final, eso es realmente todo lo que importa.

Nope. Veo la respuesta en su rostro. Hay un poco de orgullo allí, también.

Lleva cinco millas completas darme cuenta de que todo lo que ella hizo al coche de los trazadores de saltos, ella lo puede hacer tan fácilmente al mío. Si mal no recuerdo bien, el manual dice que pueden manipular la electricidad sólo a través del tacto, por lo que sólo hay que mantener las manos en un lugar y su mente convencida de que no será capaz de escapar. Tiro el coche en el arcén y tiro el freno de mano. Mi —equipo de suministros— no es nada más que una bolsa de lona llena de NAU lo mierda que podía comprar a los policías que consiguieron dejar ir en el desplome económico. Esposas. Algunas bandas de sujeción. Un Taser que no funcionaba, pero siento que podría ser una buena amenaza.

Mis manos todavía están temblando, y es vergonzoso y horrible, y hace el hecho de que no puedo encontrar la manera de utilizar las bandas de sujeción mucho peor cuando la chica tiene que hacerlo ella misma. Siento su silencio juzgarme mientras se desliza el extremo plano hasta el final con el quid. Ella pone sus manos a través y luego aprieta el lazo, tomando el extremo plano entre sus diminutas perlas de los dientes y tira. Cuando termina, la niña pone sus manos con delicadeza

EYES DE ANGELES

THE DARKEST MINDS 1.5

hacia atrás en su regazo y me mira, todos expectantes. Como, *¿Qué sigue?*

—No te estoy salvando —le recuerdo. Pero algo me hace preguntarme si ella incluso me quiere.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Capítulo 3

*Traducido por Drys
Corregido por katiliz94*

EN realidad estoy atascado.

Necesito gasolina para ir hasta la estación de PSF en Prescott —la única en el norte de Arizona— pero la gasolina está en Camp Verde, al sur de aquí. Y para llegar a Camp Verde necesito dar marcha atrás, con el riesgo de toparme con los trazadores de saltos para no estropearlo. Las probabilidades de que si los niños friesen su coche, todavía estén allí sentados. O que estén caminando por la autopista para obtener ayuda.

Así que me encuentro de nuevo en Cottonwood en la unión de Phyllis. No recuerdo conducir allí, o del sol comenzando a bajar, o cómo me las arreglé para aparcar, pero el reloj del salpicadero me dice que son las seis. Y de alguna manera, me las he arreglado para sentarme aquí junto a este chico por unas silenciosas dos horas, corriendo a través de todos los planes posibles.

Mañana. Mañana estarán fuera de Camp Verde y la estación de PSF estará abierta. Después de llenar el tanque del camión, puedo dar marcha atrás a Prescott para dejarla ir y recoger mi nueva tecnología y su generosidad. Esta noche puede quedarse aquí. Ella puede ser un bicho raro, pero yo soy más grande que ella y creo que puedo encerrarla en el cuarto de baño desde el exterior. Puedo verla por una noche.

Tenemos que esperar otros veinte minutos antes de que los hombres y las mujeres que merodean por la acera, disfrutando de la fresca penumbra, terminen sus conversaciones y cigarrillos. Entonces tomo el brazo de la chica y la obligo a deslizarse a través del banco, por mi puerta.

Estoy preocupado, sólo por un segundo, de que la esté tirando del brazo con demasiada fuerza mientras corro a través de la zona de aparcamiento, pero tengo que hacerlo. Little Miss parece que tuvo una lucha en una jaula, y todavía más al mantenerse conmigo.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Busco a tientas la llave de la habitación, deslizando la tarjeta de plástico barato, consiguiendo una luz roja cada vez. Echo un vistazo alrededor, convencido de que Phyllis o uno de sus hijos va a aparecer de la nada, la mano extendida, esperando el dinero de la renta antes de que reactiven mi llave. Antes de que pueda hacer nada en particular, la niña alarga el brazo y toca el lector, y la luz se apaga por completo. Oigo el estallido de desbloqueo, y de repente, ella es la que nos arrastra dentro de la húmeda habitación oscura.

En comparación con mi viejo remolque, la habitación de un motel bien podría ser el Palacio de Buckingham. Pero está este pequeño dolor persistente en el estómago mientras la chica mira a su alrededor. Cuanto más tiempo se queda mirando, evaluando con esos ojos oscuros, más avergonzado me siento. No hice la cama de matrimonio antes de irme. El edredón malva es un montón arrugado en el suelo. Ambas mesas de noche están llenas de envoltorios de comida, latas de refrescos, y un par de botellas de cerveza.

La chica aspira una profunda bocanada de aire, y la forma en que su boca se tuerce en una mueca dolorosa hace que me pregunte si está atrapada en algún tipo de mal recuerdo. La mesa detrás de ella se apila con la ropa sucia a la espera de los cinco dólares que necesito para lavarlos. No fumo, nunca, nunca lo haré, pero ambos vecinos lo hacen y te juro que el hedor de alguna manera está sangrando a través de las paredes finas como el papel.

Empujo a la chica hacia adelante, hacia el cuarto de baño.

—Límpiate —le digo mientras hay un golpe en la puerta.

Me siento cerca de diez veces más asustado de lo que la chica se ve mientras camina al baño y cierra la puerta. Me quedo ahí, sólo para asegurarme de que no tiene ideas acerca de causar problemas, pero los turnos golpeando continúan.

Miro a través de la mirilla de la puerta y uno de los chicos de Phyllis me fulmina. Él tiene unos veinte años más que yo, pero también está llevando unas cien libras de más metidas en su polo de color amarillo. Mantengo la cadena puesta mientras abro la puerta, más para hacer un punto de detenerlo.

—¿Sí? —Mi cerebro está luchando para recordar el nombre del tipo. Él es el que está calvo. El otro sólo parece que dejó a su madre cortar el pelo gris. Sé que está tratando de averiguar cómo me las arreglé para volver a entrar.

—Tienes que estar fuera de aquí esta noche si no se vas a pagar —dice—. Pensé que dejamos eso perfectamente claro.

—Te tendré el dinero... —empiezo, pero luego recuerdo el bulto de billetes en el bolsillo de atrás. No tuve la oportunidad de contarlos antes de que lo robara, así que empiezo a hojear, haciendo un espectáculo. Es entonces cuando el grifo del cuarto de baño de mierda se enciende. Como-se-llame levanta bruscamente la mirada, tratando de ver más allá de la puerta y el marco.

—Sabes que tienes un extra si tienes otra persona durmiendo aquí —asiente.

—Oh, ella no va a pasar la noche —le dije, meneando las cejas—. Ya sabes cómo es. —Excepto, claro, que este chico no sabe cómo es. Y también, dada la edad de mi "invitado," era una de las cosas más espeluznantes que jamás hayan salido de mi boca—. Aquí... aquí está el cien —le dije. Y doscientas de nuevo en mi bolsillo. Genial—. Mañana estaré fuera de aquí.

El chico se queda mirando a los veinte en mi mano como si fuera dinero del Monopoly.

—¿De dónde sacaste esto? —exige, poniendo hacia arriba y mirando los billetes—. ¿Estás haciendo algo chungo aquí? ¿Algo que debemos saber?

—Acabo de terminar algunos trabajos de mecánico —le digo, levantando tres dedos—. Palabra de honor.

—No lo reconocerías si el honor escupiera en tu cara —murmura el hombre, sin dejar de mirar la puerta del baño en el otro lado de la habitación, la sombra de sus pies moviéndose debajo de ella. Él parece que está pensando, como si por fin se diera cuenta de lo que me refería antes, y de repente, está interesado.

—¿Terminó contigo?

Bueno, al menos yo no soy el mayor cabrón aquí.

—Ya reserve —Las palabras saben a vómito en la boca. Así que, de repente, ¿a él no le importa si las putas definitivamente entran en la categoría de *algo chungo*?—. Lo siento, amigo.

Su mano carnosa coge el dinero.

—Fuera mañana al mediodía. Ni un segundo más tarde.

—Claro —le digo, preocupándome de que él esté esperando para obtener una imagen a de mi" invitada," esperando a que salga de la ducha. Jesús—. ¿Eso es todo? De acuerdo, genial.

Golpeo la puerta en su cara antes de que pueda decir otra palabra, y darle la vuelta al cerrojo. Miro el chico allí por unos minutos más, y no me alejo hasta que finalmente se da la vuelta y se marcha.

Echándome hacia atrás contra la puerta, contemplo lo que queda de la tienda de comestibles que compré hace dos semanas. Tengo una bolsa de patatas fritas, una taza de ramen, una barra de pan y la mantequilla de maní. No me doy cuenta de lo hambriento que estoy hasta que veo lo poco que tengo para comer. Podría tratar de pedir algo, pero ese es el tipo de lujo que llamaría la atención no deseada de los otros residentes del motel de Phyllis. No puedo ir a recoger algo sin dejar a la niña sola y que escape. Ella puede vivir con un sándwich. Todos los niños pueden vivir con un sándwich de mantequilla de maní.

A menos que sean alérgicos a la mantequilla de maní.

Bueno. Ella consigue el ramen. Sólo tengo que recordar sentarme lejos mientras ella come para que no pueda tirarme el caldo caliente en la cara.

Me agacho, virtiendo la última parte del agua de la jarra en una taza desportillada en el microondas. Vierto el agua caliente directamente en el recipiente de espuma de poliestireno, mi estómago haciendo ruidos con la primera bocanada del aroma del pollo asado.

¿Y si es vegetariana?

Mierda... no, detenelo. Ella no puede ser vegetariana.

Se trata de un ser vivo con necesidades, pero no humana.

Se trata de un ser vivo con necesidades, pero no humana.

Se trata de un ser vivo con necesidades, pero es un fenómeno.

También ha estado en el cuarto de baño con el grifo abierto durante los últimos quince minutos. Dejé que mi cerebro llegara tan lejos mientras se preguntaba si era posible ahogarse en un fregadero lleno de agua antes de cruzar la habitación en dos zancadas.

La cerradura de la puerta ha estado rota desde que estoy aquí y ella no tiene nada para bloquear la puerta.

Lo primero que veo es el rastro de bocanadas ensangrentadas de papel higiénico en el mostrador. Ha dejado el grifo abierto a todo volumen, y el desagüe, que funciona a media capacidad en un buen día, no puede soportar esta carga. El agua ha llenado la cuenca y se derrama hacia fuera en mis pies. Las luces muestran todo con un resplandor.

La chica está sentada en el suelo en ese poco espacio entre el inodoro y la ducha, con la cara vuelta hacia el otro lado de la puerta. Sus hombros todavía están temblando, pero el único ruido que se le escapa es un patético olisqueo. Mientras se frota en la cara, me doy cuenta de que nunca le corté el plástico alrededor de las muñecas, y empiezo a sentir que el pánico se agita en el estómago.

Cuando ella se da la vuelta para mirarme, el único rastro de que ella nunca lloraba son sus ojos, que siguen siendo rosas. El corte en la frente finalmente se está curando, pero ella se las ha arreglado para volver a abrir el de su barbilla.

—Quédate aquí —le digo—. Ahí mismo. —Tengo un pequeño botiquín de primeros auxilios que compré de la vieja enfermera de la escuela secundaria. No sé lo que se suponía que ella realmente quería hacer con la venta de sus suministros, pero fuimos la última clase en graduarnos antes de que cerraran la escuela, así que supongo que no tenía sentido fingir que ella los iba a necesitar algún día.

Las únicas vendas que tengo parecen absurdamente grandes, pero harían el mismo buen trabajo que cualquier otra. Me digo que vale la pena utilizarlas porque de lo contrario los PSF pueden usar un poco de mi dinero de la recompensa para los "gastos médicos." pero en realidad, es sólo difícil mirarla a la cara de esa manera.

Pelo el primer paquete cuando las luces comienzan a zumbiar y a parpadear. Miro hacia ella bajo mi flequillo oscuro.

—No me frías. Te patearé el culo.

Ella finalmente pierde esa terrible mirada en blanco y bufa, rodando los ojos.

Es un trabajo rápido aunque tampoco es especialmente suave, pero ella se sienta allí y aguanta.

No dice nada. Tengo que tragar la irritación que viene con eso; si el monstruo acaba de actuar, probar algo, haría todo este proceso mucho más fácil para mí. Me siento como si ella estuviera esperando a que me

equivocase e hiciese un descanso para que sólo se ría de lo mal que me siento en esta situación. Riendo como estoy seguro que hacen el resto de ellos de vuelta a casa.

—Hice la cena —digo, sobre todo para llenar el silencio. El monstruo me mira, con la boca como si fuera a sonreír, y sé que tengo razón. Ella cree que soy una broma.

Tal vez estoy haciendo todo mal —no debería sólo darle la comida. ¿Tal vez debería tener que ganársela a través del buen comportamiento? No creo que me tenga miedo. Pero debería —necesita tenerlo. Tiene que saber lo que se avecina.

Mientras que ella se sienta y come con cuidado el ramen la dejo sentada en el escritorio despejado para evitar los vertidos, saco el cuchillo que robé del niño muerto y de alguna forma... hago un espectáculo al girarlo a su alrededor. Pero comiendo con las manos atadas como si necesitara una gran parte de su concentración, soy ignorado.

En el momento en que termina, puedo sentir la frustración y el ardor de la vergüenza justo debajo de mi piel. La agarro del brazo y tiro de ella fuera de la silla, el plan de trabajo mientras la llevo a la cama. Me obligo a bajar al suelo, tratando de no hacer eco de una mueca de dolor mientras se sienta.

—No te muevas —ladro, dejándola sólo el tiempo suficiente para conseguir un par de esposas de mi petate. Los huesos de su tobillo son lo suficientemente pequeños como para que pueda apretar un extremo a su alrededor y asegurar el otro sobre el poste de la cama de metal que oculta debajo de la falda con volantes de la cama.

Y de nuevo, ella sólo me mira todo el tiempo, y siento mi cara al ras con el calor, como siempre solía hacer cuando estaba nervioso y a punto de llorar como un niño tonto. El vendaje que cubría su barbilla exagera su punto mientras inclina la cabeza hacia arriba.

—Basta ya —le advierto, sintiendo subir la ira como un enjambre de avispas en mi cráneo—. Lo mismo que le pasó a tus amigos es lo que va a pasar a contigo, para que pueda borrar esa mirada estúpida de tu cara ¡*basta!*

Jesús, no soporto pregoneros. Le doy la espalda mientras su cara se arruga, sólo por un segundo. Y me pregunto, de una manera que me molesta de nuevo, si ella estaba llorando en el baño porque sabía lo que

le iba a hacer o lo que pasó con sus amigos. Sin saber a ciencia cierta qué pasó con ellos, de verdad.

¿Por qué estaban todos viajando juntos así, de todos modos? Doblo el manual de la mesita de noche y lo pongo sobre la cubierta suave entre mis manos. Esa otra asiática... ¿era que, su hermana? ¿Acaso su hermana en realidad sólo la dejó allí para salvar su propio culo? Frío, hombre. ¿Es eso lo que estas habilidades les hacen? Convertirlos en animales que saben que es todo acerca de la supervivencia del más apto...

PARA. LO.

Debido a que la situación ya no es lo suficientemente incómoda, 2A, el vecino a mi derecha, al parecer, tiene un invitado propio para la noche. Puedo sentir la pata de la cama golpeando contra la mía a través de la pared y se pelean por agarrar el mando de la televisión antes de que comiencen los gemidos. Estático, estático, estático, noticias, programa de juegos... Me acomodo en *El Precio Justo* y subo el volumen hasta arriba. Este maldito fenómeno —debería haberla sólo dejado, con la esperanza de encontrar uno más cerca de Phoenix. Ha pinchado hasta el último de mis nervios con este acto suyo, tratando de fingir que es todo inocente y dulce para mí, poniéndome en el lugar exacto en el que tengo que asegurarme de que no tiene que hacer frente a una cosa fea como esa.

Tiene que haber algo en el manual sobre PSFs de estar dispuestos a recoger a un niño en vez de yo tener que conducir a Prescott a dejarla. No me gusta la forma en que mi cerebro sigue dando vueltas de nuevo a preguntarse si debería darle una de las almohadas o una cobija o si puede enviar una carga eléctrica a través de la estructura de la cama y matarme mientras duermo.

Hay una breve descripción en el libro acerca de lo que representa cada color, pero nada acerca de las teorías de la causa de la "mutación," como tan elocuentemente los ponen. *Habilidades que fluctúan en la fuerza y la precisión en función de la Psi individual*. Genial. Por supuesto la vida me da la que es más fuerte y lo suficientemente precisa como para dejar KO a un coche.

Es una cosa increíble pensar en el tiempo que esto ha estado sucediendo, y todavía no están más cerca de averiguar cuál fue la causa o cómo solucionarlo. Al resto de nosotros nos encantaría si Gray se acordara de que se supone que debe arreglar la economía, también, no sólo invirtiendo dinero en la investigación de este supuesto virus. ¿Qué

importa si salvamos la "próxima generación de estadounidenses," cuando apenas podemos mantener la actual con lo poco que tenemos? Nadie quiere tener niños en estos días, no cuando significa potencialmente la pérdida de ellos unos años más tarde. Las tasas de natalidad han bajado; no hay inmigración o la emigración hacia fuera del país porque están aterrorizados por la propagación del virus. El futuro es lo único de lo que quieren hablar en estos días, no en el presente. No cómo hacemos las cosas ahora. *¿Cómo va a seguir América adelante después de perder a toda una generación?* Las emisoras de radio quieren saberlo. *Si el Psi puede ser rehabilitado, ¿cómo van a manejar estar de nuevo en la sociedad?* Pregunta el New York Times. *¿Es este el final de los días?* Grita la tele-evangelista.

Tal vez todos morimos y los monstruos heredaremos el mundo. Nadie parece querer sugerir esa posibilidad, sin embargo. No hay nada sobre una camioneta PSF en el manual, por supuesto, aunque hay esto: *Si siente que está en peligro inminente y el Psi que está llevando se clasifica como rojo, naranja o amarillo, puede solicitar una copia de seguridad a través de la red más cercana. La unidad de las Fuerzas Especiales de la Psi y el gobierno de Estados Unidos no son responsables de cualquier disputa de recompensa que pueden seguir.*

Así que... eso está descartado, ya que todavía tengo cero acceso a la red.

Ruedo por la cama, caminando cerca del fenómeno para llegar a mis alimentos y a la mini-nevera. Como si tuviera algo más que mantequilla de maní con el pan duro, me digo, *mañana voy a comer carne. Pizzas. Lo que quiera.* Ahora, sin embargo, me siento agotado ante la idea de tener que lidiar con todo esto de nuevo mañana. Ni siquiera puedo mentalizarme con la imagen mental de lanzar los billetes al aire mientras salto en la cama de mierda de Phyllis, dejando que me bañen a mi alrededor.

La cerveza podría haber sido NyQuil. Atrás han quedado los días de gloria de la escuela secundaria, cuando podía bajar una botella tras otra después de los partidos de fútbol de viernes por la noche y luego quedándome hasta tarde lo suficiente como para ver el amanecer desde la azotea de la casa de mi amigo Ryan. Uno y hecho.

No quiero pensar en Ryan, sin embargo, o en ninguno de ellos. Me dejaron atrás, desaparecido en un mundo de uniformes negros y secretos. Está bien. Te juro que lo está. A veces, sin embargo, sólo me hubiera gustado que uno de ellos hubiera luchado para llevarme con

ellos. Es difícil ser la persona que se queda atrás, y nunca la persona que hace la salida.

Estoy empezando a quedarme dormido, el manual se abre a través de mi pecho. En algún momento, debo haberme quedado dormido, porque lo próximo que sé es que se oye la canción de Judy Garland y sus grandes ojos marrones miran los míos como a través de la pantalla. Es esa famosa canción sobre las gotas de arco iris-limón, aves, todas esas cosas buenas. Está flanqueado por su pequeño perro y un cielo en tonos sepia. La próxima vez que mis párpados aletean, la casa está en un tornado, abajo.

Voy a través de la cama, buscando el mando justo cuando Dorothy abre la puerta de su casa al mundo technicolor de Oz.

Es... de alguna manera mejor de lo que recordaba. Mi padre me obligó a verlo con él cuando yo era un niño, tal vez siete u ocho años, y lo único que recuerdo es que pensé en lo estúpida que era la comparación de los efectos especiales a las de la película de acción que acababa de ver en el teatro la noche anterior. Odiaba todo, incluso la forma en la voz de Dorothy pareció tambalearse cuando hablaba.

Y te juro, al minuto en que aparece la gran burbuja buena, como se llame, en ese vestido frufnú, siento el tirón de la cama mientras el fenómeno esposado se levanta en la cama para acercarse a la pantalla.

Me apoyo en los codos, mirándola en la oscuridad. Ella se ha reorganizado de modo que se sienta mal sobre sus rodillas. Sé que las esposas deben estar cavándosele en la piel, pero no parece estar preocupada por eso. Su rostro se refleja en la cara de vidrio de la televisión, e incluso antes de que los Munchkins empiecen a cantar y desfilan alrededor, veo sus ojos como platos y sus labios separándose en un jadeo silencioso. Está fascinada, como si nunca hubiera visto nada como esto antes. Eso parece imposible. *¿Quién no ha visto El mago de Oz?*

Se mantiene tranquila y ocupada y para ser honesto, estoy demasiado perezoso para conseguir el mando desde donde se ha caído en el suelo. Así que lo dejo encendido y apago la luz de la mesilla. Trato de dormir, pero no puedo. Y no es que el televisor esté encendido demasiado alto, o que sea demasiado brillante, en realidad quiero ver esto. Mi cerebro quiere descifrar por qué mi papá estaba tan empeñado en conseguir que me metiera a través de todo el asunto. Al igual que con todo lo que me encantaba, estoy tratando de entenderlo. Una línea que tomó prestado, algún tipo de filosofía que extraer de ella... y de

verdad, todo lo que puedo ver es cómo este mundo de color caramelo que debía haberle hecho feliz en los días en que apenas se atrevía a salir de la cama.

No quiero pensar en esto: Meter a papá en esto ahora, cuando yo ya estoy sintiendo esto bajar. El virus de la enfermedad que golpeó a estos niños a una edad temprana, pero mi padre llevó su enfermedad con él todos sus sesenta años de vida, a través de los años buenos y malos, y los violentos después de que perdiera su restaurante. Hasta que el peso del mismo, finalmente le dio un vuelco.

Me dan ganas de reír cuando todos los personajes comienzan a mostrar la moraleja de la historia, que todas estas cosas que están buscando han estado dentro de ellos todo el tiempo, que es donde la bondad y la fuerza viven. Quieren que tú pienses que la oscuridad o el mal es sólo algo que se inflige del mundo exterior, pero yo lo sé mejor, y creo que el fenómeno también lo hace. A veces la oscuridad vive dentro de ti, y, a veces gana.

—Ahora sé que tengo un corazón —dice el Hombre de Hojalata mientras cierro los ojos y los muevo fuera de la pantalla—, porque se está rompiendo.

La niña tiene pesadillas. Es la única vez que la oigo hablar, y asusta a la mierda fuera de mí. Me siento hacia arriba en la cama, buscando a tientas en la oscuridad por el cuchillo que dejé en la mesilla. Creo que un perro salvaje ha entrado, o uno de esos gatos salvajes que siempre veo merodeando en los contenedores de basura del motel. Mi cerebro está todavía medio dormido —bueno, tres cuartas partes dormido. No recuerdo sobre la niña durmiendo en el suelo hasta que estoy básicamente cayéndome sobre ella. Ni siquiera me imagino que el ruido sea de un ser humano, ya que no puede serlo. De ninguna manera. Las palabras que salen de su boca no son palabras en absoluto, pero son espantosos gemidos desgarradores.

—Nooooo, por favooooorr... noooooooooo...

Estoy de pie sobre ella, y me quedo allí, y me quedo allí, y me quedo allí, y pienso, *Despiértala, Gabe, solo hazlo*, pero se siente como una línea que no debo cruzar. Eso quiere decir que me importa. Y no. No importa lo que haga o deje de hacer, no importa lo duro que hace esto para mí, nunca voy a cuidarla. La cama cruje cuando mi peso se hunde hacia abajo en ella. Espero que el ruido la despierte para dejar de tener

EYES DE ANGELES

THE DARKEST MINDS 1.5

que tomar la decisión. Una hora conduce a la siguiente, y me encuentro allí, tan inmóvil como puedo estar. La escucho llorar toda la noche, y se siente como un castigo que merezco.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Capítulo 4

Traducido por Agoss
Corregido por katiliz94

LA MAÑANA llega en un estallido de blanca luz cegadora cuando las cortinas gruesas del motel son arrojadas a un lado, sus anillos de metal chirriando en señal de protesta. La inundación del sol en la oscura y húmeda habitación es tan repentina que mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro. Me dejo caer a un lado de la cama y me tambaleo sobre mis pies, levantando una mano para protegerme los ojos.

Mierda —¡mierda! Dormí demasiado tiempo, ¿qué hora es?, ¿dónde está la...?

Algunas cosas se enfocan rápidamente. Primero la pila de ropa limpia se encuentra en la parte superior de mi bolsa de lona, justo a la izquierda de la puerta. Puedo oler el aroma fresco de aquí y dar un paso hacia ella, confundido. Por el rabillo de mi ojo, veo un pequeño formulario en el escritorio, colocado frente a dos platos de comida — donuts espolvoreados, algunos snacks de frutas y pretzels— con mi tarro de mantequilla de cacahuete abierto entre ellos. Envoltorios de plástico transparente están colgando sobre el borde del pequeño bote de basura de la habitación, atrapados en el borde. Sé exactamente de dónde vinieron: las máquinas expendedoras en la sala de lavandería.

Recubriendo cuidadosamente cada pretzel del plato con un delicado toque de mantequilla de maní, ella se mantiene de espaldas a mí, mientras camino a la mesa. La brida de plástico se ha ido, y también sus esposas. Se ha cambiado, también, de la sucia y ensangrentada ropa a una holgada remera rosa Route 66 y jeans que ha tenido que arremangar un par de veces en los tobillos. Me quedo mirando hasta que recuerdo que hay una caja de donación en el lavadero con la que nadie ha hecho nunca nada, mayormente llena de cosas de niños.

Con la excepción de la cama de donde yo caí, la habitación está impecablemente ordenada. La basura se ha ido, y ella incluso abrió la ventana un poco para conseguir que fluya aire fresco. Corro hacia la

ventana y cierro las cortinas. La habitación queda en la oscuridad, pero no me importa. Hace que esto sea más fácil de alguna manera.

—¿Eres estúpida? —grito—. ¿Crees que esto va a funcionar conmigo? Que si juegas agradable conmigo, ¿voy a hacer lo mismo contigo? ¿Eres realmente tan gran idiota que crees que quiero *ayudarte*?

Ella se encoge un poco en su silla, pero no desvía la mirada. Ni siquiera pestañea, y no puedo evitarlo —Ya sé que es un bicho raro, sé que yo no debería estar hablando con ella en absoluto, o reconocer esto, o dejarla ver si lo trató, pero todo explota dentro de mí hasta que siento a la ira haciendo un lío de todos los otros pensamientos en mi cabeza.

Incluso si ella no estaba tratando de jugar ese juego, era obvio que pensaba que no podía cuidar de mí mismo, y mucho menos de ella. Y ésta era su manera de lanzármelo de nuevo a la cara, ¿no? burlándose de mí. ¿Por qué mas hubo huido cuando tuvo la oportunidad? claramente no sé cómo se desprendió de las esposas, no sé cómo retenerla, y ni siquiera puedo mantenerme lo suficientemente alerta para saber cuándo ella ha salido de la maldita habitación.

¿Por qué pensaba que podría hacer esto? El monstruo no decía una palabra, pero sólo mirarla y sabía que el dialogo se estaba produciendo en su cabeza. *Apesta, es tonto como un animal atropellado, es mejor fregando remolques.* El mismo guión que todos los demás.

Pero no lo soy. No lo soy. Juro que no lo soy.

Puedo ser mejor que esto. Sé que puedo serlo. Estos monstruos, todos saben la manera correcta de meterse con tus pensamientos, te hacen dudar de ti mismo, pero no voy a dejarla. Ya no. El reloj dice que son sólo las ocho de la mañana. Abrirán. Puedo deshacerme de ella ahora y acabar con esto. Conseguir liberar el peso de diez toneladas en dónde está desplomándose mi pecho.

—Esto no es Kansas, Dorothy, —le espeto—. La gente de aquí no es agradable. No son tus amigos. Yo no soy tu amigo.

Ella me ignora, balanceando las piernas hacia atrás y adelante en la silla del escritorio mientras come su desayuno. Obtengo la mirada —la que estoy empezando a pensar como *esa mirada*— a cambio. Arqueo una ceja, labios fruncidos, los ojos ardiendo con *dame un descanso, chaval.*

Dejo la comida allí y tomo su brazo, ignorando su mueca de dolor mientras la arranco de su asiento. Coloco dos bandas de sujeción

alrededor de sus muñecas en esta ocasión, sin importarme si ella hace un pequeño ruido de dolor sorprendido. Nos vamos. Ahora mismo. Voy a enseñarle lo serio que soy. Ella va a ver por fin que debería haber corrido cuando tuvo la oportunidad.

Está equivocada sobre mí.

Decido arriesgarme a conducir hasta Prescott sin volver por gas hacia Camp Verde. Ahora que han comenzado la perforación en Alaska, los petroleros han estado apareciendo en la carretera de nuevo, pero la estación en Camp Verde es la única que consigue envíos confiables. No es que tema que esos asaltantes sigan ahí esperando por mí en la carretera; sólo quiero hacer esto y de una vez para que pueda empezar la caza de niños de verdad.

Voy a pensar en esto como un ensayo para la cosa real. Práctica.

Mi apuesta vale la pena. Encuentro una estación de servicio, aunque me sobren casi doscientos dólares con casi la mitad del tanque lleno. Voy a buscar el descanso en el camino de regreso, me digo a mí mismo, saludando al empleado de la estación. Mantengo mis ojos en la carretera y el bosque siempre verde que sostiene la estación con su palma de tierra mientras hago mi camino de regreso al camión. He oído historias de personas asaltadas por el gas. Me pone nervioso cada vez que tengo que parar.

Abro la puerta del lado del pasajero, inclinando mi cuerpo para bloquear la vista de la niña sentada en el suelo con las rodillas hacia el pecho. No la dejo protestar; no la dejo moverse. Estaba confiando en la falsa sensación de seguridad al dejarla en el coche y esperando que ella no se alterara o corriera, pero no voy a hacerlo más.

El manual recomienda emplear el uso de guantes de goma para restringir las habilidades de los monstruos amarillos; si ellos no pueden formar una conexión con la electricidad, no pueden controlarla. Lo mejor que pude encontrar en la estación eran los guantes que mi madre solía usar cuando todavía lavaba platos. Sé que no son lo suficientemente gruesos, pero los voy a doblar y espero que eso sea suficiente.

Uso el cuchillo para cortar las bandas de sujeción, y ella se desploma hacia delante, frotándose las muñecas con una débil sonrisa agradecida. Para alguien que no dice nada, su cara es muy expresiva.

Así sé que no le agrada la idea cuando saco los guantes de mi bolsillo trasero y trato de ponerlos sobre sus manos. Esta es la primera vez que pelea conmigo por alguna cosa, realmente combatiendo —golpeando y pateando hasta que tengo moretones arriba y abajo de los dos brazos. Por una vez, está actuando como una niña real, tiene una crisis, y me tira mucho más lejos de mi juego. Ni siquiera me molesto en alinearlos en cada dedo; ella puede usarlos como guantes, no me importa. Otra brida de plástico sobre sus muñecas será más que suficiente para mantenerlos en su lugar.

La chica ni una sola vez pierde el desafío de sus hombros, pero sus ojos oscuros prácticamente queman por la traición. Puedo ver el plan que se forma en su cerebro, y lo cortó antes de que pueda echar raíces.

—Grita, corre o trata de llamar la atención sobre ti misma, voy a noquearte. Tengo un taser, y puesto que parece que te gusta tanto la electricidad, estoy más que feliz de presentarte a él.

Entonces cierro la puerta en sus narices. Pero cada paso que doy alrededor del camión me hace sentir un pie más pequeño, hasta que finalmente llego a la boquilla y llego a bombear el gas. Creo que, tal vez esto es lo que Hutch quería decir cuando dijo que a los que les gusta hacer esto son los verdaderos monstruos. Tienes que ser un matón. Hay que enseñarles a comportarse, o van a pasar por encima de ti.

Sigo tratando de decirme a mí mismo que ninguno de nosotros estaríamos en esta situación si no fuera por ellos. Si no nos hubiesen vuelto locos, si los otros no hubiesen muerto, las cosas hubieran ido como de costumbre. Mamá estaría en casa tomando el cuidado de su jardín, y papá estaría vivo, trabajando hasta los huesos por mantener su restaurante en funcionamiento y a sus clientes contentos. Me pregunto, sabes, qué tipo de persona hubiese sido el Gabe de ese mundo.

De acuerdo con el manual, todos los centros de reclutamiento y las bases se ven obligados a acoger a refugiados Psi cuando los tienes bajo tu custodia y honras su generosidad. Esto es sólo un centro de reclutamiento y oficinas administrativas; la base real está en Phoenix, con la mayor parte de la población del estado.

Tal vez estoy leyendo demasiado esto, pero parece un poco cruel que tuviesen que establecerse en la antigua escuela primaria.

Nadie está entrando o saliendo, aunque el aparcamiento está lleno de coches que van desde cacharros viejos como el mío a Humvees militares y furgonetas. Abrocho un par de esposas a través del cierre anudado de la chica y los aseguro en la barra de metal debajo del asiento delantero del pasajero. Ella no mendiga o alega o llora —No es que yo esperase algo de ella. Pero no parece resignada a su suerte, o bien, lo cual —dado a su acto Houdini de esta mañana— me hace sentir un poco nervioso cuando cierro la puerta detrás de mí.

Quiero mirar las cosas yo mismo antes de llevarla dentro. Tomar las cosas con calma. Parece ser la forma inteligente de hacerlo. Ellos necesitan ser capaces de registrarme en la red y equiparme con toda la tecnología que voy a necesitar. Hutch dice que a veces intentan darte evasivas, con la esperanza de que te des por vencido por siempre en vez de ser tratado justamente. Hacen las cosas tan frustrantes y difíciles posibles. Es por eso que se dio por vencido después de su primera anotación, por lo menos.

Diez mil dólares, me recuerdo a mí mismo. Un futuro. O al menos el inicio de uno.

Lincoln Elemental es un tipo de edificio señorial construido con ladrillo. Clásico de una manera que muchos de los edificios más nuevos de la segunda mitad del siglo XX no lo son. Un PSF totalmente uniformado me recibe en la puerta con su rifle apoyado sobre uno de sus hombros. He visto fotos y los tiros en la televisión, pero el hombre, en persona, es un nuevo nivel de intimidación. Quien decidió incrementar diseño de colores rojo-y-negro de Darth Vader sabía lo que estaba haciendo.

—¿Cuál es tu asunto?

No conseguir un tiro en mi culo.

—Estoy aquí por... —las palabras se arrastran apagadas. El pasillo de entrada de la escuela ha sido convertido para verse mucho como una estación de policía. Hay mesas con PSFs uniformados detrás de ellas en todo el perímetro, y un arco iris de los hombres y mujeres que se pasean alrededor de la zona de espera en camuflaje de cazador y capas, esperando el momento oportuno hasta que sea su turno para ser vistos.

No veo ningún niño, pero ¿tal vez nos hacían dejarlos en la parte de atrás?

—¿Cuántas veces tenemos que decirte que revises tus malditas aplicaciones? —grita un hombre desde el otro extremo de la sala. El

hombre sentado a su lado se levanta y cierra las manos sobre el escritorio, lo que provoca al PSF junto a él a moverse.

—¡Ya realizaron búsquedas en los números de la placa en el sistema! ¡Él no está registrado, todavía!

El pasillo lleva exactamente dos palabras del hombre que estaba sentado a su lado. "Robado" y "marcador." E incluso antes de que comiencen a girarse para irse, sé que estoy de pie a menos de cien metros de distancia de las barbas.

Mierda.

Salgo a través de la puerta, pero no tengo ni idea de que excusas estoy balbuceando para el soldado. Me echo afuera hacia el estacionamiento en una carrera rápida.

¡Porque esto no es sospechoso en absoluto! ¡Buen trabajo, Gabe!

Mierda, mierda, *mierdamierdamierda* —incluso si fuese a esperar a que se fueran, los oficiales en esta estación reconocerían el número de placa cuando se las diera en mi solicitud. Por no hablar de que probablemente me tienen en la cámara actuando como un hazmerreír en la puerta.

Phoenix. Puedo hacerlo en Phoenix. Me cambiaré de ropa, usaré un sombrero y gafas de sol, intercambiare mis placas con uno de los coches abandonados que encuentre a lo largo de la I—17. Es menos de un viaje de dos horas. Si la situación del gas empieza a ser sensible, bueno, ya lo resolveré.

Me siento mejor ahora que tengo un plan. Es probable que sea lo que debería haber hecho en primer lugar, pero no pasa nada. Lección aprendida.

La niña todavía está sentada en el suelo cuando salto hacia atrás en el asiento del conductor. Hay una pieza arrugada de papel de cuaderno alisada sobre las rodillas que inmediatamente intenta meter en el bolsillo de los jean. Desde mi punto de vista por encima de ella, sin embargo, puedo leer por lo menos la primera mitad de ella: *te queremos. Si necesitas ayuda, busca a...*

¿Busca a quién?

—Bueno, Dorothy, —digo mientras le doy vuelta a la llave en el encendido. Mi mente se apresura a llegar a alguna excusa de que no va

a hacer que me vea patético—. No están aceptando los monstruos en esta ubicación. Parece que tienes dos horas más de libertad.

Lo juro, ella puede ver a través de la mentira y se ve... poco impresionada, por decir lo menos. Pongo el coche en marcha atrás y ella se sube al asiento del copiloto, dejando caer las esposas en el soporte de la bebida entre nosotros.

Bueno. En serio. ¿Qué demonios?

La chica suspira, pero se digna a mostrarme su truco. Con las esposas en una mano, ella desliza lo que parece ser una horquilla deformada de su bolsillo. Echo un vistazo entre ella y la carretera mientras menea el extremo doblado de la clavija en un pequeño agujero de las esposas que nunca he visto antes. El brazo de metal se abre.

—Niña, tienes el peor sentido de la auto-conservación que he visto nunca, —le digo, porque ahora sé que no debo usar las esposas en ella. Me quedo con las bridas. Está tratando de enseñarme a hacer mi trabajo, y al mismo tiempo una pequeña parte de mí está impresionada de que sepa cómo hacer esto, una gran parte de mí se quiere extender a través de la carretera y esperar a que alguien me atropelle. Toda mi rabia de la mañana se ha escurrido hasta el punto en que sólo puedo sentirme humillado y cansado de todo esto.

—No te rescate, —le recuerdo, pero ella extiende la mano —guantes, brida de plástico y todo— y enciende la radio. Escucho hip-hop o escucho el silencio, por lo que, naturalmente, ella encuentra la estación de Fleetwood Mac a todo volumen y se sienta.

—No lo creo, —le dijo, apagándolo. Ella se acerca y la vuelve a encender, esta vez arranca el volumen al igual que las letras de cambio en algo que suena como que podría ser Led Zeppelin. Y la mirada que me da mientras empiezo a girar el dial de nuevo, probablemente debería haber hecho combustión espontánea.

—Bien, bien. Caray. —Voy a pensar en ello como su última comida antes del corredor de la muerte. Ella gana esto. Sólo esto.

Treinta millas más tarde, los neumáticos del lado derecho trasero de la camioneta se pinchan, justo afuera de la ciudad Black Cañon. ¿Quién lo arregla?

Adivina.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

EYES DE LOS MÁS OSCUROS

THE DARKEST MINDS 1.5

Adivina.

No soy un idiota, sé que no lo soy. He visto a mi padre cambiar su neumático de repuesto antes, pero nunca he tenido la experiencia de hacerlo yo mismo. Apenas dejo el coche fuera del camino sin perder mi mierda. Por su parte, Dorothy salta fuera del coche, con las manos atadas, y se va a la parte trasera, en busca de un repuesto por el que sé que el viejo Hutch es demasiado tacaño para haber suplantado. La mirada que obtengo cuando me encuentro con ella a la vuelta del coche se puede resumir en una palabra: *¿En serio?*

El tráfico es lo suficientemente ligero como en el I-17 hoy para que podemos caminar a lo largo del borde exterior de la carretera en las inmediaciones de los coches abandonados, sin temor a ser descubiertos.

Jesús. ¿Es así como se sienten estos monstruos —estos niños? ¿Constantemente tener que mirar por encima de sus hombros, saltando cada vez que un coche zumba cerca, porque en esos dos segundos y una mirada equivocada significa que se acabó la fiesta? Sólo tenía que estar preocupado por otro cazador superándome y deslizando mi puntuación; ella tiene que estar preocupada por todos, desde los trazadores de saltos a abuelitas con acceso a teléfonos.

Dejamos de lado un vehículo todoterreno, y ella se agacha, a inspeccionar la llanta. Sus cejas se unen, y la frente con arrugas, como si estuviera tratando de medir mentalmente si este neumático es de las mismas dimensiones que los otros.

Dorothy lleva las manos a mí, y las miro, confundido. Ella asiente hacia ellas, dándoles un pequeño tirón, y me doy cuenta de lo que quiere.

—¿Vas a correr?

Pone los ojos en blanco.

—Agradable. Muy agradable.

Sólo corto la brida de plástico, esperando que ella tire los guantes fuera de sí misma. En cambio, se los ajusta con cuidado para que se alineen con los dedos derechos. Son ridículamente de gran tamaño para ella, llegando hasta los codos por delante de sí —casi como la forma en que un superhéroe podría llevarlos.

Me agacho a su lado mientras usa el kit de herramientas pequeñas y las levanta para quitar el tapacubos, después cada tuerca de sujeción

In Time

ALEXANDRA
BRACKEN

del neumático en su lugar. Ella funciona de forma rápida y metódicamente, pero lo suficientemente lento como para que me mantenga al tanto de lo que está haciendo.

—¿Quién te enseñó a hacer esto? —No tengo ni idea de por qué las palabras se me escapan. Tal vez es porque es un buen día fuera; el sol es cálido, no sofocante, y hay una brisa agradable, fresca acariciando los lados de las montañas cercanas y el corte a través del valle. Nos abandonaron los árboles de hoja perenne hace un tiempo y hemos tocado el desierto en toda regla, pero juro que el aire todavía tiene ese olor de flores frescas. Este es el tipo de paisaje que todos ven cuando piensan en Arizona. La parte en la que crecí bien podría ser el Colorado en comparación.

—¿Tu padre? —Le pregunto. Ella niega con la cabeza—. ¿Tu hermano? Sí, ¿tu hermano?

Dorothy toma un descanso de lo que está haciendo y levanta dos dedos. Me sorprende que sepa exactamente lo que está tratando de decir.

—¿Dos hermanos? ¿Dónde demonios están?

Lo que no debía preguntar. Una sombra pasa sobre su cara, y tengo un hombro rígido vuelto hacia mí en respuesta.

—¿Esa otra chica asiática era tu hermana? ¿La que corrió? —le pregunto, esperando su respuesta—. ¿No? ¿En serio? ¿Pero tienes una?

Está bien, dos hermanos y una hermana. Interesante. Si no están con ella, deben ser demasiado viejos para estar afectados por el virus Psi, en campamentos, o muertos. De alguna manera, a juzgar por la forma en que su cara se ilumina cuando "habla" sobre ellos, no creo que sea el último el caso.

Pero ¿dónde diablos están? Si tuviera una hermanita, estaría cuidando de ella. Me hubiera agarrado las uñas hasta roto talones tratando de mantenerla a salvo, y no la dejaría ir corriendo con un grupo de otros niños. ¿Dónde iban incluso? ¿Rebotando por todo el país, de un lugar a otro?

Pienso en la forma en que ella lloraba en el baño cuando pensaba que no podía oírlo, y no me gusta la forma en que mi corazón parece tambalearse hasta la boca del estómago. No debería haberle hecho esas preguntas, sin importar lo curioso que era. Porque tomas estos monstruos y dejas de pensar en lo que pueden hacer y en su lugar te

centras en las personas en su vida, de dónde vienen, que juegos son los que les gustaba jugar con sus amigos, y te encuentras en terreno inestable, de repente. Empiezas a dejar todas esas cosas filtrarse, y de repente son niños de nuevo con las rodillas huesudas de piel, ropa manchada de hierba y con las manos siempre en algo que no deberían hacer. Sólo son... niños pequeños.

Y tienen aún menos opciones que yo.

Dorothy me aparta, haciendo un gesto con las manos de que debería tomar la matrícula del vehículo todoterreno e intercambiarlo con la mía. No sé cómo sabe que tengo que hacer esto, aparte de la experiencia. Tal vez así es como esos chicos no fueron detectados: en cualquier momento que pensaron que habían sido avistados, sabían que había que cambiar los coches, y cuando no podían, cambiaban las placas.

Inteligente. ¿Cuántos otros trucos sabe?

No sólo adaptamos ese neumático, nos inspira a sustituir los otros tres. Puede ser que también —se viesan desgastados y con poco aire. Dudo que Hutch hubiese pensado alguna vez en conseguir que giraran o que tuviese los fondos para comprar nuevos neumáticos cada pocos años como yo sé que se supone. Cosas así se convierten en un lujo más que una necesidad cuando te derrumbas a los huesos desnudos de la vida.

No es hasta más tarde, cuando estamos sentados a unas pocas cuadras de donde acabo de comprar sándwiches para la cena, con las ventanillas bajadas y las piedras rodantes gritando fuera de la música, que me acuerdo que nunca puse una nueva brida de plástico alrededor de sus muñecas. Recuerdo que ella tomó los guantes para comer y nunca volvió a ponérselos.

Lo recuerdo, y realmente no me importa.

—¿Cuál es tu nombre, Dorothy? —le pregunto—. El auténtico.

Ella sumerge su dedo en el ketchup que goteó sobre el papel en el que su sándwich estaba envuelto y escribe, en uniformes y delicadas letras, *ZU*.

—¿Zu? —Digo, poniéndola a prueba—. ¿Qué clase de nombre es ése?

Ella se acerca y me da un puñetazo en el brazo —*duro*. Me las arreglo para no mostrar una mueca de dolor sólo un poco, pero es una guerra total interna de no llegar y frotar el músculo palpitante. Mientras tanto,

EYES DE LOS ANGELES

THE DARKEST MINDS 1.5

ella me está mirando, haciendo un gesto como que tengo que cambiar mi nombre por el de ella.

Pero hombre, no lo sé. No sé cuál es el punto, o lo que aún estoy haciendo. Está empezando a sentirse con fuerza de nuevo, todo. Estuvo muy bien para olvidar, durante diez minutos enteros, la razón por la que estamos aquí sentados juntos en primer lugar. Los tipos de pensamientos que en mi cerebro empiezan a girar se sienten peligrosos. Como: ¿cómo pueden ser tan malos? ¿Cómo puede, a alguien no humano, gustarle los sándwiches y Mick Jagger y saber cómo cambiar un neumático? Empiezo a preguntarme si tal vez las cosas que estamos tan asustados de que nos vayan a hacer son las cosas que tienen que hacer para sobrevivir a la ola de odio y el miedo que enviamos por inercia hacia ellos.

—Lo siento, —le digo, porque sé que le va a molestar—, todavía eres Dorothy.

Me siento como si hubiera sido arrastrado y dejado caer sobre mi cabeza en un mundo que se parece al mío, pero es un poco diferente. Más brillante, más vibrante, o al menos falta algo del polvo y la suciedad que se recogieron de nuestras vidas después de años de abandono. No puedo decir qué dirección es la correcta o la errónea más, pero sé que quiero quedarme.

In Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Capítulo 5

Traducido por key y katiliz94
Corregido por katiliz94

NUESTRA siguiente parada es una pequeña estación de gasolina sola en Deer Valley, justo al sur de Anthem y Cave Creek. Dudo que Zu esté lo suficientemente familiarizada con Arizona para saber lo cerca que estamos de Scottsdale, y que a partir de ahí, está escupiendo distancia a Phoenix. Pero sin previo aviso distinto a una inhalación brusca, ella agarra el volante y casi nos mete en un accidente mientras se sacude hacia la salida.

—¡Jesús! ¿Qué demonios?

Una mano señala a la luz de gas y los otros puntos de la estación de gas al lado de la rampa de salida.

—¿Con qué dinero, Dorothy? —le pregunto—. Apenas tengo suficiente para un galón, ya que todavía no he sido capaz de convertir tu culo.

Confía en mí. Estrecho mis ojos, pero ella encuentra mi mirada de frente. *Confía en mí.*

Como era de esperar, somos los únicos aquí. Navego la camioneta alrededor, recogiendo la bomba más alejada de la pequeña tienda de conveniencia y al trabajador mirando por la ventana hacia nosotros. El tanque de gasolina está en el lado del conductor, lo que significa que Zu, cuando me sigue fuera, saltando desde la puerta, está bloqueada por el cuerpo de la camioneta.

—Ahora ¿cuál es tu plan?

Ella imita poner una tarjeta de crédito en la ranura, pero le podría haber dicho antes que las bombas ya no toman pagos con tarjeta. Tienes que pagar por adelantado en efectivo.

Zu ni se inmutó. En cambio, sacude un pulgar hacia la tienda y al hombre sin dejar de mirarme y luego hace el movimiento de parloteo con sus manos, presionando sus cuatro dedos sobre el pulgar de forma repetida.

In Time

ALEXANDRA
BRACKEN

EYES DE LOS ANGELES
THE DARKEST MINDS 1.5
¡Distráelo!

Niego con la cabeza, metiendo las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros, pero me gusta lo que ella pide. Porque no hay ninguna posibilidad de que eso podría salir horriblemente mal.

Ya está cerca de treinta grados más caliente de lo que estaba en el norte de Arizona. Vengo aquí tan raramente que el calor de cien grados siempre se siente como abrir la puerta del horno y meterse en él. El empleado de la estación, al menos, tiene el ventilador puesto arriba detrás de él, incluso si el propietario es demasiado tacaño para pagar por AC real.

Las campanas por encima de la puerta tintinean. Echo un vistazo por encima de mi hombro, sorprendido al ver la bomba antes con la pantalla en blanco de repente encendida y con números. No sé lo que la operadora puede decir después de mirar la pantalla de su registro, y no sé qué diablos está haciendo la chica, pero un plan rápido se junta en mi cabeza. Es tan tonto como simple.

Finjo un gran viaje, estrellándome de cabeza en los estantes de dulces. Estrello mis brazos, golpeando la mayor parte al suelo en un desastre de proporciones épicas. El asistente debe pensar que estoy teniendo algún tipo de ataque, porque, de repente, está a mi lado cuando estoy tirado en el suelo, comprobándome el pulso, empujándome una barra de chocolate espeso entre los dientes, como si tuviera miedo de que vaya a morderme la lengua.

—¿Señor? ¿Señor? ¿Señor? —No sé si alguien me ha llamado *señor* antes, mucho menos tres veces en pocos segundos—. ¿Está bien? ¿Puede oírme? ¿Señor?

Hago un gran espectáculo de gemidos, agarrando mi cabeza mientras me dirijo hacia mi lado. Pasando justo después de la cadera del operador, que apenas puedo ver la bomba en la que Zu está trabajando, la forma en que los números están girando y marcando hacia arriba, como si hubiera alguna manera de bombeo de gas sin tener que pagar ni un centavo de ella.

—Voy a llamar a una ambulancia.

El pobre hombre es tan viejo y tan genuino que siento un poco de pena por todo esto, incluso tiene el descaro de decir:

—Todo estará bien. Estás bien, chico.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

—Sólo estoy... Debe ser el calor —le digo, agarrando su brazo mientras él comienza a alejarse—. Voy a estar bien. ¿Tiene usted...? ¿Puedo comprar una botella de agua?

Por favor, di que tengo lo suficiente para comprar una botella de agua.

—No, no, no —dice el hombre, frotándose el poco pelo blanco que le queda de la frente sudorosa—. Espera aquí. Te traeré una taza de agua de la nevera en la parte de atrás.

Sé que se necesita más que unos pocos minutos para llenar el tanque del camión, pero lo que sea que Zu haya logrado bombear va a tener que ser suficiente. Espero hasta que el viejo se tambalea sobre sus pies, endereza su feo uniforme azul de poliéster, y desaparece en la parte de atrás antes de que me levante de un salto y me vaya corriendo para la camioneta.

El momento es perfecto. Ella me ve llegar alrededor y atasca la boquilla de vuelta a su lugar de descanso. Le doy un empujón a la cabina, mirando a la pantalla de la bomba. Ella está de alguna manera simplemente robando por valor de gas de más de trescientos dólares.

Los neumáticos chillan mientras vamos arrancando de ahí. Estoy azotando alrededor de las esquinas, en busca de la rampa de nuevo a la I-17, riendo, riendo, riendo porque me parece que no puedo deshacerme de la adrenalina de otra manera. Zu se acerca y abrocha mi cinturón, luego hace lo mismo para ella. Su cara redonda se sonroja, pero creo que se ve muy presumida. Yo también lo estaría.

—¿Tu hermano te enseña a secuestrar una bomba como esa? —le pregunto cuando puedo respirar con normalidad.

Ella niega con la cabeza. No... se trata de un nuevo truco. Quiero pensar en las mil formas que podría haber salido mal, cómo hay una buena oportunidad si la tienda tiene cámaras, mi cara y mi carro probablemente están ahí. No sé cómo funciona esto, sin embargo, si ese viejo revisa de nuevo hacia su registro y ve que alguien ha estado bombeando gas sin pagar. ¿Quién va a golpear a la ley sobre mí? ¿La policía realmente tendría tiempo para dar seguimiento a esta cuando ya tienen bastantes problemas para hacer frente en Phoenix?

¿A quién le importa? Si vienen detrás de nosotros, que vengan detrás de nosotros. Pueden intentarlo.

THE DARKEST MINDS 1.5

No estoy pensando bien, sé que no lo hago, porque las próximas palabras que salen de mi boca son tan jodidamente locas que casi no reconozco mi propia voz.

—Si me ayudas a encontrar a otro niño, no voy a tener que convertirte.

Pero realmente, ¿es esto una locura? Ella ya ha demostrado ser un infierno de mucho más recursos de lo que soy. Es muy útil y, básicamente, significa un suministro ilimitado de gasolina cuando y donde lo necesite. ¿Y quién sabe? Tal vez tienen algún tipo de conexión psíquica entre sí. Pueden mover los coches e iniciar incendios y mover a un hombre crecido a través de la longitud de un campo. ¿Cómo es esto una locura? No tiene que ser ella.

La sonrisa se desliza hacia abajo por sus mejillas poco a poco, y la decepción que veo en sus ojos me dice que la respuesta es no, mucho antes de la sacudida de la cabeza.

No tiene sentido para mí. Yo le voy a dar una salida, estoy salvando su vida, y ¿ella ni siquiera pretende actuar agradecida? Tal vez yo tenía razón antes y ella realmente quiere ser convertida. Está cansada de correr, cansada de ser cazada, y sólo quiere caminar de regreso a los brazos del uniforme negro más cercano y terminar con eso. Eso, al menos, explica por qué no se ha escapado todas las veces que ha podido. Ella no se estaba quedando conmigo porque le gustaba la compañía, obviamente.

Mira, no soy un hombre orgulloso. Soy el favorito de nadie. Sólo estoy recibiendo y ha sido durante casi toda mi vida. No estoy interesado en la universidad porque quiero seguir y ser un médico o un abogado, o uno de esos idiotas que se sientan por ahí con la cabeza en sus manos en el suelo del mercado de valores. En la escala de los ganadores a los perdedores, sé que caigo en algún lugar en el medio.

Sólo estoy tratando de ponerme al punto en el que al menos tengo *opciones*. No entiendo por qué la pequeña Zu no siente esa necesidad, también, por qué va a tirar su libertad lejos así como así. No sé nada acerca de estos campos, pero sé que si se le permite a alguien susurrar una palabra sobre ellos, no puede ser bueno. Si ella no puede ver eso, es demasiado confiada, ella es el hombre en la gasolinera ofreciéndose para darme agua mientras le estamos robando a ciegas. La gente como ellos, que no pueden ver el mundo de los restos del naufragio como es.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

THE DARKEST MINDS 1.5

Quiero decir, está bien, tengo que admitir que pica un *poco* saber que preferiría estar encerrada que conmigo. Tal vez, podría ser que ella no entiende lo que está tirando aquí. ¿Tal vez tengo que explicárselo a ella?

Hemos estado sentados en el estacionamiento frente a la estación de PSF durante casi diez minutos ahora. A diferencia de la de Prescott, hay un flujo constante de gente pululando dentro y fuera. Esto incluye los grupos de PSF y la Guardia Nacional que trajeron para ayudar a sofocar los disturbios que comenzaron la última vez que trató de repartir las raciones a la creciente población de personas sin hogar. Porque, oye, ¿adivina qué? Cuando sus temperaturas medias de verano son más de 105 grados, la gente va a hacer todo lo posible para conseguir botellas de agua, incluyendo tratar de cortarse entre sí.

El edificio de aspecto genérico está a la sombra de una serie de rascacielos vacíos, incluyendo el rascacielos de cristal azul del ex centro de Chase Bank. El campo de béisbol nombrado después de que la empresa fue cerrada incluso antes de que todos los deportes profesionales lloviznaran desde unos pocos partidos por temporada a ninguno. He oído rumores de que un número de personas sin hogar ha invadido el campo; que constantemente está siendo disputado por las pandillas que buscan expandir su territorio. Por lo menos, esos son los rumores. Dios no quiera que alguno de estos payasos del gobierno nunca nos den información real acerca de lo que está pasando, instrucciones externas para "evitar el centro de Phoenix siempre que sea posible."

Tres pisos de color beige de pequeñas ventanas, se ve tan inofensivo. Nunca sabrías que era una base militar desde la distancia, y sé que probablemente no fue construido para serlo, sino que sólo se suma a la sensación de que estoy a punto de entrar y hacer una transacción comercial.

—Diez mil dólares —le digo—. Eso es lo que toda esta gente piensa que vales.

Ella no dice nada. El sol de la tarde es bajo y da a su piel de marfil de un cálido resplandor. Los vendajes que le apliqué ayer están empezando a pelarse. De vez en cuando ella tiene que llegar a más y suavizar los bordes hacia abajo. Puedo decir que Zu está pensando mucho acerca de algo. Su garganta se balanceaba, como si tuviera que tragarse las palabras una por una.

—Tú te hiciste esto a ti misma —le digo, mi voz va ronca. Jesús, puedo sentir mi estómago girando cuando miro hacia atrás al otro lado

del asfalto agrietado. Un coche se detiene en el espacio a la derecha de nosotros, una de esas furgonetas blancas sin ventanas que los asesinos en serie parecen usar siempre.

Sale esta mujer con esta cabeza de pelo rubio de bote que ha sido tan frito por los productos químicos que hay horribles torceduras en él. L los pantalones vaqueros ácido de lavado y una mirada lasciva mientras alcanza a ver Zu en el asiento del pasajero.

Cuando me ve, su sonrisa se tambalea un poco, pero se recupera y se agacha a nivel de los ojos de Zu. La pequeña ola condescendiente que da la niña hace que mi estómago gire y de la vuelta.

Y entonces Zu empuja la puerta abierta lo más fuerte que pueda, justo en la cara de suficiencia de la dama.

—¡Santa Mierda!

La trazadora de saltos se cae en un montón flácido inmóvil. Zu, por su parte, es todo acción. Empuja la puerta abierta el resto del camino y pasa por encima de la mujer para llegar a la camioneta. En el momento en que arranca la puerta arranco a correr, tengo el suficiente sentido común para empezar a gatear tras ella.

La mujer está fuera de combate, tienes que permanecer en el asfalto ardiente de buena gana para darte cuenta. Echo un vistazo alrededor, horrorizado de que alguien fuera testigo de esto, pero Zu sólo tiene ojos para la pequeña figura que está acurrucada en una pequeña bola de tiras de cuero y cadenas en el medio de la camioneta. Me hace gestos impacientemente, como, *¿Puedes ponerte al día con el resto de la clase, por favor?* Y salto de nuestro coche al otro, sólo me inclino para coger las llaves de las manos de la mujer inconsciente.

El chico —este chico que tiene doce años, unos trece años como máximo— para de luchar el minuto en el que Zu quita la venda de sus ojos. Realmente no puedo creer lo que estoy viendo. La camioneta huele muy mal, y está claro a partir de la mancha que el niño se ha orinado como si fuera un bebé. Está temblando, gritando algo a su alrededor de su mordaza. Dejé a Zu tomar las llaves y deshacer las esposas alrededor de sus muñecas y tobillos.

Lo veo por el rabillo de mi ojo, descansado sobre el asiento delantero del pasajero al lado de una pequeña pistola, una tableta de color negro brillante, de esas que sólo le dan a los trazadores de saltos registrados.

—Oh Dios mío. —Llora el niño cuando ella es capaz de desatar la mordaza. Su pecho se agitaba con cada respiración que toma, y está llorando como yo lo hacía cuando era un niño y me iba a casa con una mala nota o después de un partido de fútbol perdido y mi madre me decía que no fuera tan malditamente patético por cosas tan estúpidas. Está sollozando como yo lo hice la noche que encontré el cuerpo de mi padre.

—Gracias, graciasgracias —solloza, aferrándose a mí.

Las piernas del niño no parecen estar funcionando, así que lo levanto en mis brazos y lo llevo a mi camioneta. Ya sé que no va a ser éste, tampoco.

No sé qué demonios estoy haciendo ya.

Golpeo la I—10 y, de repente, sólo estoy conduciendo, yendo tan rápido como puedo sin coger ninguna atención que no quiero. Cada vez que miro por el espejo retrovisor, espero ver algún tipo de camioneta militar disparando hacia mí, rayas por la autopista con armas de fuego ardiente. O por lo menos, una camioneta blanca con una mujer de pelo muy rizado luciendo un nuevo ojo morado asomado a su ventana para dispararme a mediados de persecución.

He visto demasiadas películas de acción.

Zu sostiene la mano del chico con tranquilidad, y él en realidad se lo permite. Imagino que es la diferencia entre los niños de estos días y el tipo de niños con los que crecí. No tienen mucho orgullo —al menos no el suficiente orgullo para actuar como vándalo y ser rudo debido a que está secretamente humillado por haberse meado y llorado frente a una chica. Imagino que pueden pasar por alto estas cosas, dadas sus circunstancias. No es del tipo dulce, en una forma... como amar a un cachorro normal, solo con el añadido de los estrafalarios superpoderes y hormonas.

También tengo que aceptárselo. Ahora que está tranquilo, creo que podría estar intentando flirtear con ella. Sigue haciéndole preguntas, pero ella solo asiente o sacude la cabeza.

—No habla, —finalmente explico—. Pero entiende lo que estás diciendo.

—Oh.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Lo miro desde el resquicio del ojo —pelirrojo, una explosión de pecas por su rostro, vestido en ropas lo bastante bonitas para decirme que alguien ahí fuera se preocupa lo suficiente al saber que está desaparecido. Está inquieto y se encoje hacia atrás contra el rasgado asiento de cuero.

—¿Cuál es tu nombre?

—¿Eres como la mujer? —pregunta en su lugar—. ¿Un trazador de saltos?

En este punto, soy exactamente lo opuesto de lo que se supone que tiene que ser un trazador de saltos. Zy me señala y levanta los pulgares hacia arriba, y siento que me ha elegido sencillamente como el siguiente presidente de los Estados Unidos.

—Oh, —dice de nuevo él—. Está bien. Mi nombre es Bryson.

—Bien, —digo—. Soy Gabe. Esta es Dorothy.

Ella extiende el brazo alrededor de Bryson y me golpea otra vez en el brazo.

—Ow. Bien. Zu.

—¿Zu? —Bryson sonrío—. Eso es genial.

Bien. Esto es un poco genial. Mejor que, como Pauline, imagino.

—¿Cómo te cogieron? —Pregunto. Después de dos días de hablar conmigo mismo, se siento extraño estar teniendo una conversación.

Suspira, golpeándose la cabeza contra el asiento de nuevo.

—Fue realmente estúpido. Della iba a matarme.

—¿Della es tu madre? —No comencé a llamar a mi madre por su nombre hasta que cumplí los veinte y estuve demasiado avergonzado para tener las palabras asociadas con ella.

—No, ella es... está vigilándome a mí, a mi hermano y a un par de niños. Ella y su marido son realmente agradables y están cuidando de nosotros hasta que las cosas mejoren.

—¿Os está escondiendo? —Pregunto. Wowo. La mujer debe tener pelotas de acero. Debería saberlo. El terror me atrapa como un tornillo de banco—. Entonces sí, diría que Della probablemente va a matarte.

Todo el asunto es realmente fascinante. Esta mujer, Della, y su marido, Jim, recientemente se han mudado a un vecindario tranquilo en Glendale —uno que todavía está manteniéndose ahí mientras las calles y las ciudades a su alrededor comienzan con las ejecuciones. No tienen hijos propios pero eran del tipo de personas amables y, más importante, estaban lo bastante abiertos con sus visiones de que Gray sería de confianza para los otros. Comenzó con un niño en el barrio de Bryson desapareciendo una noche en su décimo cumpleaños. Entonces, unos pocos meses después, otro niño se desvaneció. Finalmente cuando fue el cumpleaños de Bryson, su madre les despertó a él y a su hermano en medio de la noche y los llevó a casa de Jim y Della, diciéndoles que lo único que necesitaban era ser buenos y permanecer ocultos hasta que ella regresase a por ellos.

—¿No te gustaba estar ahí? —Pregunto.

—No... no, Jim y Della son los mejores. Ella es una cocinera muy buena y Jim está enseñándonos como arreglar coches en el garaje. Apesta tener que permanecer en el ático todo el tiempo. En realidad, tampoco podemos salir al exterior.

—¿Y fuiste atrapado porque enfermaste?

Otros suspiro.

—Porque dijeron que iban a llevarnos a California, a un lugar que era mucho más seguro, y mi hermano, es solo un bebe, no quería ir sin ese peluche con el que solía dormir. Solo pensé... no está tan lejos de nuestras casas, y si me escapo durante la noche podrías ser muy rápido, ¿sabes?

Zu asiente, todo simpatía, pero hay algo en su expresión que me hace pensar que quiere hacerle una pregunta.

—¿Imagino que la trazadora de saltos estaba deambulando alrededor del vecindario, esperando a que uno de vosotros, los niños desaparecidos, saliese?

—Supongo.

Esta es la parte donde se supone que digo algo para hacerle sentir mejor. Sé que lo es, porque Zu está dándome esa mirada de *esa es tu señal, colega*.

—Bueno... estuvo bien por tu parte intentarlo. Estoy seguro de que, um, tu hermano lo apreciaría.

—Si fuese listo, habría llevado a Marty conmigo. Es un llorón, él podría haberla arrojado a la calle para ayudarnos a escapar u algo.

—¿Qué eres? —No digas Rojo, por favor, Dios, no digas Rojo... el amarillo era lo bastante terrorífico al principio. No estoy realmente seguro de que pudiese controlar esto.

—Verde.

—¿Lo cual significa qué? —Presiono. Jesús, ¿incluso dónde estoy yendo? Necesito salir eventualmente, pero solo quiero conseguir alejarme de Phoenix tanto como sea posible—. ¿Tienes una buena memoria?

Sacude la cabeza.

—Solo soy bueno en matemáticas, puzles. Demasiado peligroso. Demasiado malo que no puedas arrojar puzles en un arma.

Dejo salir un silbido bajo, más por la amargura en su tono que por la imagen mental.

—En realidad.... En realidad estoy asustado de que estropease todo para los demás. De alguna manera esa trazadora de saltos averiguó donde estaba escondiéndome y metió a Della y Jim en problemas y a los otros...

—No, hombre, lo dudo, a menos que tu dijese algo, —digo, cortándole. Si no me está permitido entrar en pánico y enloquecer por esta situación, nadie más puede—. ¿Tienes una forma de contactarlos?

Tiene un número de teléfono al que puedo llamar; es solo cuestión de encontrar una cabina de teléfono desocupada. Básicamente fueron extintas una vez que los teléfonos móviles aparecieron, y entonces, cuando nadie podía permitirse teléfonos móviles o sus servicios, de repente había líneas alrededor del bloque para usar los preciados pocos teléfonos de pago que aún quedaban.

Encuentro uno, al fin, uno de esos con puertas correderas pequeñas que tienen en un salón de uñas y un restaurante de comida chica todavía abiertos. No tengo ni idea de lo que están haciendo que el resto de nosotros no hacemos, pero lo que sea. Bien por ellos.

Solo para asegurarme de que nadie va a aparecer delante de nosotros, decido esperar unos pocos minutos. Asegurarme de que es seguro dejarles aquí solos. Cuando estoy convencido de que es seguro, me giro para interrumpir su conversación.

—Pero estoy seguro de que Della te dejaría quedarte, si quisieras, — está diciendo Bryson desde donde él y Zu están apiñados en ese pequeño espacio entre el cinturón y el asiento—. ¡El ático es grande y tenemos videojuegos!

Resoplo, pero un segundo después, un afilado pinchazo corta a través de mí. Miro a Zu por su reacción mientras ella garabatea su respuesta en el dorso del mismo trozo de cuaderno de papel que la vi mirando antes.

Me inclino sobre el hombro de él para ver su respuesta. Es extraño, porque su escritura se ve de la forma que estaba que su voz sonase — grande, femenina, suave. *Voy a ir al rancho de mi tío en San Bernardino.*

¿Cuál es... dónde, exactamente? California, creo. Si espera que le lleve todo el camino hasta el suroeste de California, tiene que ir pensando otra cosa.

—Regresaré, —les digo—. Cerrad las puertas, ¿vale? Y manteneos abajo.

Cojo el auricular con cuidado, limpiando con un trapo la parte de la boca contra mi camiseta, como si eso fuese a ayudar. Pongo el dólar en el cambio y en el dial el número que Bryson escribió en el dorso de mi mano. Lleva un momento llamar a través del tono; miro sobre mi hombro, asegurándome de que no están mirando sobre el salpicadero para observar cuando específicamente les dije que no.

Suena tres veces, y justo cuando voy a ser dirigido al buzón de voz, una voz sin aliento responde.

—Um, sí, hola, creo que yo... —Oh, mierda. ¿Gray aún tiene a sus amigotes escuchando las llamadas? Quiero decir, ¿tendrían algún motivo para escuchar las llamadas de esta casa en particular?—. Creo que encontré a su, um, con-perro... perdido

Mierda, casi digo conejo. Se frío, Gabe.

La mujer —Della, estoy asumiendo— está en silencio.

—Estaría contento de devolvérselo, pero ¿tal vez sería, um, mejor para usted venir a por él? Es un perro grande. Bueno... uh, ¿de pelaje rojo? ¿Sabe de cual estoy hablando?

—Sí, —dice, su voz suave. Es del sureste, inesperado—. ¿Puedes decirme dónde estás? Estaría encantada de encontrarte.

Me apoyo contra la cabina, intentando ver el nombre de la calle más cercana. Sudor bajándose por la espalda, y no debido al calor.

—Voy a comer en Mr. Foo en la Línea de Base y Priest Drive.

—Bien. —Puedo escuchar sus llaves repiquetear mientras las agarra—. Está bien. Estaré ahí en menos de media hora. Yo-yo... ¿Necesito llevar algo conmigo? ¿Para agradecértelo?

—¿Qué...? —Oh. *Oh*. Está preguntando si necesito algún tipo de recompensa, creo. Mierda. Quiero decir... imagino que solo asumí que las únicas ganancias financieras era devolver a los niños, ya sabes, devolverlos. Estoy tan sorprendido que no puedo pensar en algo que decir.

—¿Hola?

—Algo de dinero para la gasolina estaría bien, imagino, —me las arreglé para soltar—. ¿Está eso bien?

En verdad no puedo ordenar mis ideas, incluso cuando cuelgo el teléfono y me dirijo al coche. Los niños se giran y me miran, esos pequeños rostros con grandes ojos, mientras me deslizo dentro y golpeo la puerta detrás de mí. Mi frente cae contra el volante cuando me inclino hacia él, cerrando los ojos.

—¿Contactaste con Della?

Hay un crujido de papel y un tenue garabateo. Abro un ojo a tiempo para ver a Zu pasar una nota a Bryson. Es tan natural, típico para estos niños estar haciendo tales arreglos bizarros bajo tales horribles circunstancias que tengo que sonreír, solo un poco.

—Zu quiere saber si necesitas que nos encuentre algo para comer, —dice Bryson, leyendo el papel.

Me siento, dándole a ella una exasperada mirada propia.

—Della va a venir en media hora. Si estás hambrienta, puedes conseguir lo que sea que se pueda comprar con cinco peniques en Mr. Foo.

Ambos sacuden las cabezas y me doy cuenta, mi exasperación brotando a todo un nuevo nivel, de que están preocupados por mi estando hambriento.

—Estoy bien. Esperaremos hasta que Della llegue aquí.

Es mi trabajo mantener un ojo en el aparcamiento en busca de su coche o cualquier cosa o algo que pudiese ser sospechoso —lo cual en este día y era es mucho de todo, pero esta parte de la ciudad está tan muerta como podríamos esperar. Fuera del tedio, comienzo a alborotar la tableta que cogí de la trazadora de saltos.

La pantalla principal es el mapa de los Estados Unidos que rápidamente se amplía sobre Arizona y luego cae en un punto rojo en la localización de la base PDF en el centro de Phoenix. Una ventana se abre, dejándome saber que no puedo conectarme con la red local, pero ¿me gustaría engancharme al servicio de satélite por un módico precio?

No. Diablos que no. Eso significa que alguien en el otro extremo puede usar la misma conexión para trazar la localización de la Tablet.

Lo que es sorprendente, sin embargo, es que aún puedo usarla sin coger internet. ¿Es posible que toda la información esté subida con anterioridad en la Tablet, y que solo se necesite internet para subir actualizaciones? Eso parece razonable; lo único más irregular que el internet estos días es la reanudación del Presidente Gray como líder del mundo libre.

El menú principal es una serie de botones que oscilan desde los servicios GPS, a una versión digital de manuales, a algo llamado “Red de Recuperación.”

Así que *esto* es a lo que Hutch se refería. Después de que pulso el botón con los dedos, la pantalla cambia, pasando a una lista de nombres e imágenes de niños. Muchas de las fotos son del tipo que te desgarran —se ven terroríficos en ellas. Los que están en campamentos tienen la palabra roja de RECUPERACIÓN sobre sus fotos. Ninguno de ellos nombra donde están los campamentos, pero en cada perfil hay información básica de los niños —peso y altura aproximados, hogar natal, nombres de padres, si los niños fueron o no “recuperados.”

Es curiosidad, lo admitiré. Hay una barra de búsqueda en la parte superior de la pantalla, así que tecleo *Zu*. Intento no mirarla mientras la Tablet carga los resultados. Y, genial, alrededor de trescientos nombres aparecen. Paso a través de ellos y elijo a algún niño que tenía *zu* en alguna parte de su nombre, incluyendo un sorprendente número de Zuzanas y Zuriels.

Pero su nombre es Suzume, lo sé en el minuto que lo veo, a pesar de que su rostro de muñeca está enmarcado por un abundante y brillante pelo largo. Las lágrimas no habían terminado de secarse en su cara

cuando le habían tomado la foto. Miraba a la cámara como si las lentes fueran un arma esperando a disparar.

Doce años, de Virginia. Hija única.

Completa, dice su listado. Amarilla, 30,000\$ de recompensa por recuperación. Altamente peligrosa, aproximarse con precaución.

Entonces, debido a que todo eso no es bastante horrible, se ve el día en que escapó de su “programa de rehabilitación” hace solo cuatro meses. El número que le dieron es 42245.

Debajo de eso está el archivo que los trazadores de saltos usan para dejar consejos. Hay dos observaciones reportadas en Ohio y una datada hace unos pocos meses, a finales de Marzo, en Virginia.

Un pinchazo entre mis orejas comienza con un bajo, desnivelado latido y precipita un pulso tembloroso. De repente, estoy viendo dos pantallas en lugar de una, y entonces ambas se están desdibujando y puedo sentir la sangre comenzar a burbujear debajo de mi piel, latiéndome en las sienes. Todo mi cuerpo se caldea, como si estuviese siendo tomado por una fiebre. No puedo respirar, no puedo respirar, voy a estar enfermo.

Le cortaron el pelo corto, creo.

No puede hablar, debido a lo que la hicieron, creo.

Se estaba tan mal ahí que tuvo que escapar, y cada día tenía que lidiar con estúpidos como yo intentando enviarla de regreso, creo.

¿Por qué nunca creí que esto era una posibilidad? Ni siquiera una vez. Estaba tan centrado en devolverla que ni siquiera había considerado que ella ya había estado dentro, y que lo que había averiguado ahí había sido lo bastante horrible como para que tuviese que escapar.

Y lo hizo. Salió. Ambos salimos y nos encontramos el uno al otro, y tal vez no fue un accidente después de todo. Tal vez esto es realmente lo que se supone que tengo que estar haciendo de ahora en adelante.

Quiero preguntarle sobre eso. Quiero saber la verdad, incluso si no puedo escucharla de sus palabras. Ella puede escribirmelo, no me importa. Quiero escuchar lo que la hicieron ahí —quien se lo hizo— y quiero matarlos a todos. Mi mente está destellando con imágenes de mis amigos. En sus uniformes negros, marchando con los niños arriba y abajo por los pasillos. La machacada mirada que me dio cuando forcé

EYES DE LOS ANGELES

THE DARKEST MINDS 1.5

sus manos en esos guantes y las ató, como si fuera algún tipo de animal. Más que cualquier cosa, no puedo parar de pensar en la expresión de su cara viendo esa estúpida película en mi habitación de motel —la forma en que visiblemente iluminó cuando Dorothy salió de la casa y entró en el dulce sueño de Oz.

Porque sabe lo que es vivir en un mundo de negrura, y lo negro, y el diminuto blanco, pero cuando escapó, no encontró el arcoíris de colores, los vestidos, las canciones, los bailes. Solo encontró fealdad.

Solo me encontró a mí.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Capítulo 6

Traducido por Nessied
Corregido por katiliz94

DELLA es más joven de lo que esperaba, de alguna manera. Supongo al escuchar las palabras *sin hijos*, asumí que significaba que era de una edad ya avanzada, no alguien que parecía en sus casi cincuenta años. Su Sedán blanco es el único que está estacionado durante todo el tiempo que estamos sentados allí, así que es imposible pasarla por alto, incluso antes de que ella condujera directamente hacia nosotros.

Bryson hace destacar su cabeza justo cuando ella pasa al lado de la puerta del pasajero. Estamos situados lejos de las tiendas, tanto como el aparcamiento nos lo permite, pero sé que tenemos que hacer esto rápido. A lo mejor, alguien nos verá y pensará que estamos intercambiando drogas o alguna sustancia ilegal, y no niños.

Ella lleva unos jeans azules y una camiseta marrón y todo lo que necesito es ver su expresión bajo el pelo rojo como el fuego que sobresale de su cabeza. La señora todavía tiene buena apariencia —una bonita sonrisa, un rostro cálido y abierto. No se ve escurrida de la manera en que mi madre se veía. Está de pie allí, sus gafas de sol aviador, su pelo rubio soleado sobre sus hombros, y tiene las manos sobre las caderas.

—Lo siento, señorita Della, —son las primeras palabras que salen de la boca de Bryson cuando se abre la puerta—. Lo siento.

Ella no se ve como el tipo de ser una docente, pero tengo la sensación de que si él fuera como su carne y sangre, estaría al final recibiendo unos cuantos azotes en el culo. En cambio, ella simplemente inclina la cabeza hacia un lado, da una leve sonrisa, y abre los brazos hacia él. Bryson se mueve voluntariamente, enterrando el rostro en su hombro. Básicamente, se derrumba contra ella. Sólo me relajo cuando me doy cuenta de que la puerta abierta le está bloqueando la vista.

—Todos habéis tenido algo en un día, ¿eh? —Levanta sus gafas de sol, dirigiendo su mirada hacia mí—. Eres más joven de lo que esperada.

Me río.

THE DARKEST MINDS 1.5

—Tengo un hijo de tu edad, —continúa, sus ojos azules me inspeccionan—. Esto parece un truco, así que tendrás que disculparme si estoy tratando de luchar contra el impulso de dar una conferencia acerca de tomar grandes riesgos como este.

Extraño. Bryson había dicho que no tenía hijos.

Me encojo de hombros.

—Sin riesgos, no hay recompensa, ¿no?

Su sonrisa decae un poco.

—Oh, *no*, quiero decir, no, no quería decir eso, —digo rápidamente—. Es sólo que, el mundo, ya sabe. Nada cambia si no tomas algunos riesgos.

—Eso también suena como él, —dice secamente—. Hazme un favor y salva a tu madre de la angustia de unirse con la Liga Infantil para ver a través de esa idea en particular.

Della estaba albergando ilegalmente a niños en su propia casa. Por supuesto, su hijo se unió a un grupo clandestino que se empañaba en hacer la vida de Gray miserable. Algo se encendió en el fondo de mi mente, quemando a través de todas las posibilidades vagas en que había estado trabajando lentamente. Quiero preguntarle más sobre ella —más acerca de su hijo, pero ella vuelve su atención hacia Zu, quien, juro, no ha parpadeado ni una sola vez desde que ha estado observando.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

Ella muestra una tímida sonrisa a la que Della devuelve por partida doble.

—Tengo dinero para la gasolina, —comienza, cambiando su mirada de nuevo hacia mí—. ¿A dónde os dirigís? ¿Necesitáis un lugar para pasar la noche?

—Nos vamos a California, —digo, haciendo caso omiso de la expresión de sorpresa de Zu. Por supuesto nos vamos ahora—. Su tío tiene un rancho y la llevaré ahí. Entonces veré si puedo encontrar algo de trabajo.

—¿Tienes tus papeles todos en orden? ¿Un plan para cruzar la frontera?

Y así, mi corazón casi se me sale por la boca.

—¿Qué quieres decir?

La expresión de Della se suaviza, pero hay algo afilado detrás de sus ojos.

—Es todo ese lío con la Coalición Federal y la Liga, que está basado fuera de Los Ángeles, por lo que Gray ha estado forzando la seguridad fronteriza con la esperanza de que pueda matarlos de hambre al no dejar que las importaciones o las exportaciones crucen a través de él. Es necesario un permiso especial del gobierno para cruzar las fronteras estatales.

Bueno... mierda. Aprieto los labios juntos, tratando de defenderme de la picadura de la decepción. Estaba seguro de que había otra manera que no implicará la conducción. O caminar miles de millas en el desierto bajo el sol.

—¿Es necesario que lleguéis pronto? ¿Tendrían alguna manera de conseguir los papeles para eso?

—Quiero decir... Supongo que podríamos... —Mi mente está buscando una forma con la que podamos colarnos en California. ¿En la parte posterior de un camión? ¿O sobornado a alguien?

—Bueno, —Della arrastra la voz, pasando una mano por su cabello—. Supongo que estáis de suerte cariño. Un poco con suerte, supongo. Tengo los papeles que podéis utilizar, pero podrían haber más obstáculos. Y tendrás que encontrar una manera de ocultar a Zu al cruzar.

—Espera, espera, ¿Qué?

Della sonríe.

—Mi marido, es un tipo especial de mecánico. Trabaja para una de las empresas que mantienen los canales y acueductos que traen el agua del estado, por lo que tiene papeles para cruzar las fronteras estatales. Creo que están en el tablero...

Tal es la fuerza de Della que ni siquiera recuerdo salir de la camioneta y caminar a su encuentro frente al sedán. Señala las dos pegatinas de papel aluminio especial fijado en la ventana.

—No puedo darte estos, por desgracia, pero si vas por la frontera en la medianoche, los soldados de vigilancia, son mucho más propensos a ser perezosos y sólo a través de esas horas. Si no es así, solo muéstrales estos papeles... —se inclina por la ventana abierta, hacia la guantera, y me entrega un paquete con los papeles—. La empresa está en la lista de auto-aprobaciones. Si piden una identificación para que coincida con el nombre en los papeles... bueno, tendrás que ser un poco creativo o decir una pequeña oración.

Trago saliva y asiento.

Della pone una mano en mi hombro, suavizando el frente de la camisa como si fuera la cosa más natural del mundo. Pero se contiene y me da un poco de su risa pesarosa.

—La fuerza de la costumbre, lo siento. Dos niños te lo van a hacer.

No me importaba que todo fuera mucho. Sinceramente, era una especie agradable.

—¿Estás segura? —Pregunto en voz baja—. ¿Quiero decir... tu marido, no necesita lo papeles?

Ella mueve la mano.

—Él lo entenderá. Sinceramente. Quiero que tomes este coche y quiero que consigas llevar a esta pequeña niña a algún lugar seguro, ¿De acuerdo? ¿Entiendes lo que será tu trabajo?

Me siento un poco mareado con el peso que viene tronando sobre mis hombros, pero asiento. Es mi trabajo. Y lo estoy haciendo.

—Es todo por ella, ¿no es así? —Della levanta sus gafas de sol de nuevo—. Sé que lo es. Lo hago. ¿Y sabes cómo? Debido a que has llegado hasta aquí. Me has llamado, y no a los PSF, y a ninguno de los trazadores de saltos. Hay tantas cosas malas en este mundo, y os he traído un poquito de luz de nuevo para ella, no por el dinero o el crédito sino para ayudar a otro ser humano, o cualquier cosa. Y eso es raro, en bienes escasos. Eres un buen hombre, y debes de estar orgulloso por ti mismo.

Y de la forma en que lo dice, me siento bien. Realmente bien. No puedo recordar la última vez que me sentí tan ligero.

Toda la sangre se me eleva a la cara, pero no estoy avergonzado. Es sólo que mi pecho se estrecha, y tengo que aguantar la respiración o iba a estallar en llanto. Siento que si me toca en esa cuidadora, forma sencilla una vez más, voy a explotar en polvo de estrellas.

Y ahí es cuando me doy cuenta de eso: no desde papá. Nadie me había dicho algo que me haya hecho más grande o bien, o incluso digno —y tal vez no ha sido hasta este momento. Antes de que él se quitara la vida, él me decía que a veces no sabíamos lo que estábamos buscando hasta que lo encontramos. He estado tan enfadado por él y todos los demás que no sabía cómo era manejar lo que sentía ahora. Porque creo que ahora ya puedo ser feliz. Creo que puedo saber cómo.

Y se suponía que debía de estar haciéndolo.

Bryson y Zu comparten un rápido abrazo y me da un golpe con su pequeño puño antes de que él se meta en el sedán, instalándose allí como debía de estar. Me acerco a la hebilla del pasajero cuando ella parece preocupada con agitación por la última parte de la tinta de la pluma que le proporcioné.

Cuando Della me da las instrucciones de la forma más rápida de encontrar la autopista y llegar al sur de California, puedo ver a Zu frenéticamente garabatear algo en la misma hoja de papel de cuaderno

en la que ella y Bryson escribieron sus notas en la parte posterior del mismo. Veo el mismo mensaje escrito a mano que alcancé a ver antes, sólo que ahora sé que Zu no era la que lo escribió. La caligrafía era demasiado limpia, demasiado cuidadosa para ser de ella. Cuando su brazo por fin se movió, por fin puedo leer todo lo que decía: *Te amamos. Si necesitas ayuda, busca a mis padres —ellos están utilizando los nombres de Della y Jim Goodkind— y díles que yo te envíe.*

Me sobresalto cuando Della alcanza mi hombro para decirme adiós. Zu mira hacia arriba, y entra en pánico, y rápidamente pliega el papel de cuaderno y se inclina sobre mí para dárselo a ella.

—Mantente a salvo, cariño, —le dice Della, y le sopla un beso—, los dos, por favor.

—Voy a hacer mi mejor esfuerzo, —le digo, cambiando la posición de estacionamiento. Ella da un paso hacia atrás para que pueda rodar la ventana hacia arriba.

Realmente no sé porque me miro en el espejo retrovisor mientras nos alejábamos. Todavía me siento como que estaba caminando a través de un buen sueño de otra persona, como si nada de esto fuese real. Y sé que no iba a conseguir la historia de Zu, no toda, de todos modos. Está bien. Estamos permitiéndonos tener nuestros secretos. A partir de ahora, dejaré solo el pasado en el pasado.

Haciéndose más y más pequeña en el reflejo, Della despliega la hoja de papel. Pero la veo cuando presiona su mano contra su boca, cuando se desploma contra el lado del Sedán —sobrecogida, aliviada, no lo sé.

El mensaje de Zu solo era de tres palabras, pero casi llevo a la mujer contra la columna vertebral como el acero hasta las rodillas.

Liam está a salvo.

Pienso parar por alguna habitación de un motel barato en el camino a California e intentar conseguir cerrar un poco los ojos para recargar, pero no me atrevo a parar de noche. Después de usar el dinero de Della para llenar el tanque de gasolina tanto como puedo, me quedo con los mismos quince dólares que tenía antes. Cualquier lugar de carga de esa pequeña habitación era del mismo lugar donde nos habíamos despertado y encontramos que nuestro coche se había ido por la mañana.

Zu mantiene los ojos fijos en las señales verdes de la autopista cada vez que las pasamos. Por cierto sigue tocándose los dedos contra la pierna, creo que las está contando. No podía mantener una señal constante en la radio aquí en el desierto, y creo que el silencio está empezando a desentrañar su confianza. La ligereza que sentía antes de

hablar con Della estaba sangrando lentamente, también, en la oscuridad, el árido paisaje rodeándonos. Por primera vez en mi vida, me olvido de los árboles hasta el norte. Echo de menos estar rodeado de lo conocido y familiar, metiéndome en ellos como estar alrededor de una manta.

No puedo seguir ignorando el hecho después de que dejé que Zu diera una cabezada, eso es todo. Ese era el final de mi plan actual a menos de que ella y los otros niños necesitasen desesperadamente que me quedase y los ayudara. Y si bien es un gran plan, necesito un poco más que eso, sobre todo porque no tengo el dinero necesario para las escuelas estatales de California que puedan estar abiertas. Puedo ver si hay algún trabajo allí como trabajador de campo, o en la construcción. Tal vez su fuerza policial me aceptaría. Si no, supongo que siempre habrá una Liga Infantil. Dudo que fuesen exigentes, y por lo menos estarían haciendo algo real para ayudar a los niños. Algo en lo que pensar.

Me gusta eso. Hay muchas opciones ahora. Posibilidades.

—Este lugar al que vas, —digo—, ¿es agradable?

Ella ya me ha escrito la dirección. Inteligentemente lo había memorizado, y se dio cuenta, incluso antes que yo, que podríamos más o menos navegar nuestro camino haciendo un acercamiento sobre el mapa dando un salto trazado en la Tablet hasta que se mostrasen las calles de la superficie alrededor de San Bernardino. Yo sólo había estado en California un par de veces, lo suficiente como para empezar a sentirme un poco nervioso una vez que llegásemos a Quartzite, uno de los últimos pueblos de Arizona a lo largo de la I—10 antes de la frontera.

Zu se encoge de hombros.

—¿Nunca has estado allí antes? —Prosigo—. ¿A pesar de que ahí está tu tío?

Ella teje sus dedos, y luego los desase.

—Ohhh, —le digo—, ¿o es que no se lleva bien con el resto de tu familia?

Levanta un pulgar hacia arriba para eso.

—¿Estás segura de que es...? Quiero decir, sé que es tu tío, ¿pero estaré bien dejándote allí?

Zu se envuelve en sus brazos, imitando un gran abrazo.

—Espero que sí, niña, porque no creo que puedas soportar que me vaya a buscar, digamos, a la Liga de Niños.

Es como si le hubiese dado una bofetada en la cara —el momento de sorpresa pasa, se ve visiblemente molesta. Al principio, creo que es por lo que dije era un poco en serio, pero ella me está volviendo loco, moviendo la cabeza, agitando las manos. *No* —su boca forma las palabras en la oscuridad— *no a ellos*.

—¿Por qué no? No he oído hablar, ya sabes, de cosas bonitas acerca de sus métodos, pero lo hacen llegar en su punto y demandas a través de una forma en que los padres sentados en los escalones del ayuntamiento de Flagstaff nunca lo hicieron.

Ella estaba buscando frenéticamente alrededor de los diferentes compartimientos del coche, sacando hojas de papel, y luego volviendo a ponerlos cuando ve que hay algo importante escritos en ellos.

—Dorothy, Dorothy... Está bien, cálmate, —puedo decir que se está poniendo más y más frustrada, y justo cuando creo que va a tirar de las tiritas de su cara y escribir sobre la espalda, finalmente sólo asienta sobre el uso de la última tinta para escribir el mensaje en su palma

¡NO! ¡SON TERRIBLES! ¡ASUSTAN! ¡TÚ ERES MEJOR QUE ESO!

Resoplo, tamborileando los dedos sobre el volante. Durante unos minutos, no puedo decir nada en absoluto. Hay una piedra en mi garganta y no puedo tragar. Hace unos minutos, todo lo que podía sentir en mi boca era el sabor de la hamburguesa de McDonald, que pudimos cenar. Ahora esta tan seca que mi lengua se pega al techo de la misma.

—Está bien, —le digo—. Bien. Ya se me ocurrirá algo más ahí fuera.

Porque aunque no fuera verdad, quería que lo fuera.

Podrás ver la estación fronteriza en unos tres kilómetros de distancia. Los reflectores se manipulan tan altos que parece que forman una sólida pared blanca. Es sólo que cuando uno se acerca puede ver las longitudes de alambres de púas y los enormes tanques militares y camiones alrededor de la autopista, y el pequeño edificio, antiguo, que los agentes fronterizos utilizan para dirigir y sentarse a través de eso.

Nos detenemos un tiempo para conseguir situar a Zu, pero todavía me siento mal al respecto, realmente, realmente enfermo de miedo.

La envuelvo en el espacio del barranco en las curvas del salpicadero, cubierta con una manta y una gran bolsa de lona de ropa que fueron recogidas en algunas de esas áreas comunas de Buena Voluntad. Me preguntó si ella aún puede respirar ahí abajo, y me pregunto qué va a pasar si exigen rebuscar en la camioneta, y me pregunto si es que existe alguna manera de salvarme de esto, también.

E Y E S D O F E A N G E L S
T H E D A R K E S T M I N D S 1.5

—No digas nada ni muevas nada, no importa qué, ¿de acuerdo? —Le digo.

Hay señales de color naranja brillante en todas partes diciéndo que reduzca la velocidad, pareciendo un poco redundante. Los proyectores son tan malditamente brillantes que es difícil ver algo y tener que sacar el pie del acelerador para evitar chocar contra las barreras de los cañones o cualquiera de los uniformados de la guardia nacional o a mujeres.

Mierda, mierda, mierda. Me agarro del volante. Tengo el aire acondicionado tan alto que prácticamente es ensordecedor, pero mi espalda sigue pegada al asiento de piel sintética. *¡Estás bien, Gabe-Jim! Eres Jim Goodkind y tienes el derecho a estar conduciendo por aquí...*

Una soldada sale del pequeño edificio de la estación, levantando su mano contra el resplandor de los faros. Me agito hacia adelante, pero no a través de él, como si estuviera esperando estúpidamente.

Raspa mordazmente sus nudillos contra mi ventana y la hago rodar hacia abajo, tratando de recordar cómo respirar. Inhalar, exhalar, inhalar, exhalar, inhalar, exhalar....

—¿Puedo preguntar qué asuntos tiene usted en California?

Di algo. Di cualquier cosa. Hay una niña junto a ti y ella necesita que actúes como si tuvieras los veinticinco años que tienes, no tres años de edad, tus tripas debiluchas te están diciendo que lo seas.

—El acueducto... —Trago, forzando lo que espero que sea una sonrisa demente en mi cara—. Mi jefe cree que alguien en el lado de California podría haber tratado de manosear con él. Los niveles de agua son sospechosamente bajos. Tengo que comprobarlo esta noche, antes de entrar en la mañana.

No tengo ni idea de cómo las palabras salen de mi boca. No tengo ni idea si existe un canal fluyendo entre California y Arizona. Siempre pensé que era lo opuesto —que California estaba acaparando el Río Colorado dejándonos sin nada, pero tal vez pasé mucho tiempo con guías amargados y borrachos del Gran Cañón mientras crecía. Estoy sonriendo difícilmente, perdiendo toda la sensibilidad de la cara.

Mierda. ¿Por qué no he practica esto? ¿Por qué ni siquiera pensar lo suficiente por delante?

—Tengo todos mis papeles, pases, —puedo añadir débilmente, hurgando en el pestillo de la guantera. La soldado miró hacia abajo en sus portapapeles, a continuación, coloca una copia de seguridad en mi cara—. No tengo ninguna nota sobre este viaje de mantenimiento...

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Me inclino más hacia la ventana y dejo caer mi voz en un susurro para que ella también tenga que apoyarse para oírme—

—Creen que la Liga Infantil podría estar involucrada. Nadie se supone que sabe que estoy yendo.

Genial. Ahora, además de estar en busca de detalles, también encuentro una chiflada teoría de una conspiración. Una gran manera de inspirar confianza a mi cordura. Maldita sea, esto no va a funcionar. ¿Por qué creía que esto iba a funcionar?

El otro soldado en la cabina, que estaba plantado delante de la televisión, asoma la cabeza para ver lo que estaba ocurriendo. El soldado con quien estaba hablando se da la vuelta para explicarle, pero él la interrumpe.

—Heron Hidráulica está entre la lista de coches Aprobados. Voy a dar una copia de esta noche para estudiarlo mañana, —se vuelve hacia mí—. Lo siento, señor. Siga adelante.

Miro hacia él en silencio. El otro soldado tuvo que darme una señal para que me moviera. Pero no más de un centenar de metros más adelante, hay otra estación de la frontera que Della olvidó mencionar. No es tan impresionante como la primera pero puedo ver una pequeña figura oscura que se mueve en el interior de la diminuta cabina mientras me acerco. Colgando de las palancas de metal que bloquean el camino hay una señal que dice: TENGA SU PASE EMITIDO DE LA COALICIÓN FEDERAL LISTO.

Mierda. ¿Tenía esos? Doy vuelta a la luz de arriba de nuevo, dejando que el coche esté hacia adelante a través de ese pequeño pedazo de tierra libre entre los dos gobiernos en competencia. No puedo encontrar cualquier cosa etiquetada con el nombre de Coalición Federal en la variedad de documentos oficiales con colores del arco iris. Por el momento en el que el coche se acerca a la barra de metal que se coloca entre él, yo, y el negro terciopelo del tramo desierto de California, estoy luchando para no empezar a hiperventilar.

Que puedo decirles, —¿Cómo puedo girar mi historia, para que pareciera que quiero simpatizar con ellos? ¿Importa eso? ¿Están buscando que sea comprensivo con ellos? ¿Eso me hace ver más sospechoso?

Pero para cuando llego allí, el oficial de policía —los patrulleros de carreteras, me doy cuenta, son de una especie rara— sólo se acerca y presiona algo en su escritorio y la barra de metal se eleva. Él ni siquiera se voltea de su asiento, está viendo el mismo programa que los guardias nacionales.

Me permito acelerar, esperando a que tratara de detenerme. Para mostrar la mitad de la iniciativa que hizo el primer soldado. Pero solo se

EYES DE LOS ANGELES

THE DARKEST MINDS 1.5

sienta ahí, como si todas las luces estuvieran encendidas, pero no hubiese nadie. A nadie le importa.

Dado el tiempo que ha pasado desde que la Coalición Federal se formó y lo poco que han hecho para ayudar a cualquier persona, parecía apropiado.

El rostro de Zu esta enrojecido, pero esta radiante cuando levanto la bolsa y la manta de encima. Cuando no le devuelvo la sonrisa, sus cejas oscuras se unen en una pregunta en silencio, pero no quiero decírselo. No quiero que ella sepa que, de repente, no estoy seguro de que este lugar tampoco fuese un lugar seguro.

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Capítulo 7

Traducido y Corregido por katiliz94

SAN BERNARDINO no parece del todo diferente a la parte de Arizona en la que encontré a Zu. No está cubierto en una gruesa capa de hojas perenne como Flagstaff, aunque estoy convencido de que veo unas pocas mezclas con las formas de otros árboles. Es un valle, uno agradable, rodeado por montañas de apariencia oscura que parecen inclinarse sobre nosotros cuanto más conduzco por las luces de la ciudad hasta su corazón.

Escuché rumores de que California no fue golpeada con tanta fuerza como el resto de nosotros, pero conducir por estas calles me hace sentir como si retrocediese diez años en el tiempo. No están ninguna de las cosas que solía ver en casa: ni mar de trailers cargados de plata, ni coches abandonados, ni tiendas de campaña. Los precios de la gasolina todavía son astronómicos, juzgando por el precio de los tabloneros, pero ninguna de las estaciones ha sido cerrada con señales como NO HAY GAS AQUÍ o PRUEBA EN CAMP VERDE.

La dirección que Zu me dio está a unas buenas veinte millas al exterior de la ciudad. Comienza a volverse más tranquilo, más frío a medida que las horas pasan. Con el tiempo, tengo que subir la ventana y apagar la radio.

—Oye, Dorothy, —digo, sacándola del sueño—. ¿Es este el lugar?

Se está muy oscuro aquí, pero hay luces colgando a lo largo de la valla de madera que conduce a la gran casa de una sola planta. Está hecha al típico estilo de rancho del suroeste —cada detalle, desde el cactus obligatorios en los buzones alrededor de la entrada hasta la calavera blanca colgando de la puerta. Dejo que las luces delanteras iluminen la construcción una vez antes de que las apague y aparque el coche en la sucia entrada.

—¿Qué piensas? —Le pregunto—. No veo luces encendidas...

Se desabrocha el cinturón, su boca se presiona en una línea firme.

—¿Quieres esperar aquí mientras veo si hay alguien en casa?

No voy a mentir. Una gran parte de mi tiene la esperanza de que alguien aparecerá, esperándonos. Que sus amigos, aquellos a los que los trazadores de saltos estaban persiguiendo, estarían aquí para

In Time

ALEXANDRA
BRACKEN

saludar a Zu y decirle como consiguieron escapar. No era tanta locura —nunca los vi llevarse a esas niñas. No estaban en la estación PSF en Prescott, tanto como pudiese decir.

Probablemente estaban dormidos, creo, poniéndome el pelo atrás. Sí. Rozaba la medianoche, una hora cuando nada bueno puede ocurrir. Todos deberíamos estar en la cama por entonces, creo.

Por supuesto que ella no quiere quedarse en el coche, pero me deja maniobrarla con cuidado detrás de mí, al menos. Siento sus pequeñas manos agarrando la parte posterior de mi camiseta para seguir mi rastro, y la idea de que está dependiendo de mí es inmutable.

Toco el timbre y golpeo, pero nadie viene a la puerta. Incluso caminamos por el perímetro de la casa, mirando a través de las ventanas, pero nadie está ahí, —solo mobiliario cubierto con sabanas.

Tal vez su tío se fue y abandonó el lugar. Dado cuanto tiempo me llevo conducir por la longitud de la carretera, a través de la extendida propiedad, parece que este lugar llevaría una cantidad monumental de trabajo de mantener y seguir prosperando, incluso con una gran economía. Pensé que vi unas pocas vacas y caballos en el extremo de los campos herbáceos detrás de la casa, pero creo que el agotamiento engañó a mi cerebro. Todo lo que ahora veo son rocas.

Extiendo la mano entorno al brazo de Zu, preguntándome cómo explicarle esto. Parece injusto que tenga que ser yo el único que romperle el corazón por esto —hasta el punto de que ella luchó con tanta fuerza por llegar aquí para nada. Pero justo cuando las palabras comienzan a formarse en mi mente, escuchamos un amortiguado disparo desde la construcción más pequeña alejada de la casa principal. Algún tipo de establo o garaje, probablemente.

Las puertas están cerradas, pero vio la línea de una cálida y lechosa luz debajo de éstas —y la veo apagarse mientras cuidadosamente, en silencio nos acercamos a ella. Zu permanece detrás de mí todo el tiempo, sus manos apretándose en puños en mi camiseta.

Tomo el mango de metal en la mano y abro la puerta con lentitud, sintiendo mi pulso saltar mientras riza la suciedad. Y durante un segundo, estoy confundido, porque la cara que aparece en la oscuridad es la de Zu —Zu en la forma que la he visto en la red de los trazadores de saltos, con un sedosos y largo pelo. Sus ojos se amplían, y su boca se abre en un grito.

Y entonces veo a la chica rubia detrás de ella, la chica con el arma en la mano quien ni siquiera duda antes de dispararme directamente al pecho.

Se siente...

Siento...

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

EYES DE LOS ANGELES
THE DARKEST MINDS 1.5

Es como...

Mi mente se pone en blanco con el fiero estallido de dolor que me derrumba, desgarrándome desde el interior hasta afuera. No puedo —lo que sea— no entiendo, las chicas están chillando, las tres del valle, pero lo último que siento ante mis piernas es a Zu intentando sostenerme desde detrás.

Muévete —no quiero herirla, pero no puedo sentir nada debajo de mi cintura. Voy a colapsar sobre ella, estoy...

Cuando mis ojos se abren de nuevo, estoy en el suelo y lluvia caliente está deslizándose desde el claro río que comienza por encima.

—...el hombre de la carretera, pensé que él...Yo.

Zu entra y sale de mi visión. Empuja a la chica con el arma, golpea sus manos contra el pecho de la adolescente.

Escucho “llamar,” “no puedo,” “hospital,” y entonces nada más que el sonido de mi propio latido. Quiero levantar las manos, aplicar presión sobre el lugar en mi pecho al que ella acaba de romper, pero no puedo respirar —no puedo— no puedo —estoy ahogándome por aire y la metálica acidez revistiendo mi lengua.

Una de ellas desaparece en la oscuridad de los establos. Puedo oler la almizclada esencia animal del antiguo lugar, el agudo, fresco heno, pero incluso eso comienza a desaparecer. La cara de Zu aparece sobre la mía, y su boca está moviéndose, sus labios están moviéndose, con un mentase para mí y solo para mí, pero aquí no hay bolígrafos, ni papel. Puedo leer la desesperación y el temor en su rostro. Veo sus manos ir contra mi pecho, pero no puedo sentirlas.

—D-Dorothy... —Mi garganta arde. En la única forma de que sé que las palabras están saliendo—. Imagino que... no deberíamos haber dejado Oz...

Me siento ir a la deriva. Todo si cuerpo está agitándose con sollozos, mocos y lágrimas deslizándose por su rostro, y quiero decirle mucho, y quiero decírselo —su rostro comienza a disolverse en lo grisáceo, y se lleva mi respiración con él. Mi voz.

Páralo, estúpido niña. Jesús, para de llorar.

¿No sabes que lo odio?

Dorothy, es muy estúpido. No seas estúpida sobre eso.

No.

No...

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN

Adelanto

Never Fade

El hueco de mi brazo presionaba contra la garganta del hombre, apretando mientras las suelas de goma de sus botas empujaban contra el suelo. Clavó las uñas en el tejido negro de la camisa y de los guantes, arañando desesperadamente. Empezaba a faltarle el oxígeno en el cerebro, pero eso no mantuvo a raya los destellos de sus pensamientos. Lo vi todo. Sus recuerdos y pensamientos ardieron al rojo vivo detrás de mis ojos, sin darme tregua, ni siquiera cuando la mente aterrorizada del guardia de seguridad trajo una imagen de sí mismo a la superficie, con los ojos muy abiertos y fijos en el techo del pasillo oscuro. ¿Muerto, tal vez?

Sin embargo, no iba a matarlo. El soldado me pasaba una cabeza entera, y sus brazos eran del tamaño de mis piernas. La única razón por la que había conseguido saltarle encima era porque estaba de espaldas a mí.

El instructor Johnson llamaba a esa llave el Bloqueo de Cuello, y él mismo me había enseñado toda una colección. El Abrelatas, el Crucifijo, la Maniobra de Cuello, la Doble Nelson, el Tornado, el Bloqueo de Muñeca y el Chasquido de Columna, solo por nombrar unos cuantos. Todos los medios por los que yo, una chica de uno setenta de estatura, podía inmovilizar a alguien que me superara físicamente. Suficiente como para no tener que usar un arma.

Ahora el hombre estaba medio alucinando. Deslizarme en su mente fue rápido y fácil; todos los recuerdos y pensamientos que emergieron a la superficie de su conciencia se tiñeron de negro. El color sangraba a través de ellos como una mancha de tinta sobre papel mojado. Y fue entonces, solo después de haberme introducido en él, cuando aflojé mi brazo en su cuello.

Probablemente eso no era lo que se esperaba cuando salió por la entrada lateral oculta de la tienda para fumarse un cigarrillo.

El mordisco del aire gélido de Pensilvania había enrojecido las mejillas brillantes debajo de la barba pálida de aquel hombre. Dejé

In Time

ALEXANDRA
BRACKEN

escapar un solo resoplido de aliento caliente desde detrás de la máscara de esquí y me aclaré la garganta, con plena conciencia de los diez pares de ojos fijos en mí. Mis dedos temblaban mientras se deslizaban a través de la piel del hombre, que olía a humo rancio y a los chicles de menta que usaba para tratar de ocultar su mala costumbre. Me incliné hacia delante, presionando dos dedos contra su cuello.

—Despierta —le susurré.

El hombre se esforzó en abrir sus ojos grandes e infantiles. Algo en mi estómago se encogió.

Miré por encima del hombro al equipo táctico detrás de mí, que contemplaba la escena en silencio, los rostros invisibles detrás de sus máscaras.

—¿Dónde está el Prisionero 27? —le pregunté.

Estábamos fuera de la línea de visión de las cámaras de seguridad; razón, supongo, por la que aquel soldado se había sentido lo suficientemente seguro como para salir a tomarse un descanso no programado. Pero yo estaba más que ansiosa por terminar aquella parte.

—¡Date prisa! —dijo Vida a mi lado, con los dientes apretados.

Me temblaron las manos mientras una oleada de calor me subía por la espalda cuando el líder del equipo se puso justo detrás de mí. Pero no me dolió como solía hacerlo. No me estrujó, retorciéndome la mente en nudos de puro dolor. En cambio, me hizo sensible a los fuertes sentimientos de alguien que se encontraba cerca de mí, junto a la repulsión de aquel hombre. Su odio negro, negro.

Con el rabillo del ojo pude ver el pelo oscuro de Rob. De sus labios estaba a punto de salir la orden de seguir adelante sin mí. De las tres operaciones en las que había participado con él como líder, yo solo había sido capaz de terminar una.

—¿Dónde está el Prisionero 27? —repetí, espoleando los pensamientos del soldado con mi propia mente.

—El Prisionero 27.

Cuando repitió las palabras, un rictus le crispó su poblado bigote. Las canas le hacían parecer mucho más viejo de lo que realmente era. El archivo de la misión que nos habían encomendado en el cuartel general incluía información sobre todos los soldados asignados a este

búnker, también sobre este, un hombre llamado Max Brommel. Edad cuarenta y un años, originario de Cody, Wyoming. Se mudó a Pittsburgh, Pensilvania, para trabajar de programador; perdió el puesto cuando se estancó la economía. Una buena esposa, actualmente sin trabajo. Dos hijos.

Ambos muertos.

Una tormenta de imágenes turbias inundó cada rincón oscuro y cada grieta de su mente. Vi a una docena de hombres, todos vestidos con el mismo uniforme de camuflaje y saltando fuera de la parte trasera de una camioneta, y a varios más saliendo de los Humvees [11](#) que escoltaban a los vehículos más grandes, llenos de delincuentes, sospechosos de terrorismo, y, si lo que nos había comunicado el de inteligencia de la Liga de los Niños era correcto, a uno de nuestros mejores agentes.

Vi, ahora con más calma, a esos mismos soldados sacar a uno... dos..., no, tres hombres de la parte trasera del camión. No eran oficiales de las Fuerzas Especiales Psi ni del FBI ni de la CIA, y definitivamente no era un equipo del SWAT o de los SEAL, que probablemente podrían haber aplastado nuestra pequeña fuerza con un golpe rápido. No, eran soldados de la Guardia Nacional, llamados de nuevo al servicio activo debido a los terribles tiempos que corrían; nuestra inteligencia había, al menos, acertado con eso.

Los soldados ajustaron firmemente las capuchas sobre las cabezas de los prisioneros, y luego los obligaron a bajar las escaleras de la tienda abandonada hasta la puerta metálica corredera del búnker que se ocultaba debajo.

Después de que gran parte de la ciudad de Washington fuera destruida por lo que el presidente Gray afirmó que era un grupo de retorcidos niños Psi, tuvo especial cuidado en construir estas llamadas minifortalezas por toda la costa por si se daba otra emergencia de esa magnitud. Algunos búnkeres se construyeron debajo de hoteles, otros en las laderas de las montañas, y algunos, como este, estaban ocultos a la vista en pequeños pueblos, en tiendas o edificios gubernamentales. Eran para la protección de Gray, para la protección de su gabinete y para la de importantes funcionarios militares, y, al parecer, para encarcelar a «amenazas de alto riesgo para la seguridad nacional».

Incluyendo nuestro propio Prisionero 27, que parecía estar sometido a algún tratamiento especial.

Su celda estaba al final de un largo pasillo, dos pisos más abajo. Era una habitación de techo bajo, solitaria y oscura. Las paredes parecían gotear a mi alrededor, pero el recuerdo se mantuvo estable. Todavía llevaba la capucha, y le habían atado los pies a las patas de la silla metálica que había en el centro de la celda, bajo el halo de luz de una bombilla desnuda.

Me retiré de la mente del hombre, liberándolo a él y a mí misma de mi presa física y mental. Se deslizó hasta el suelo por el grafiti en la pared de la lavandería abandonada, todavía bajo las garras de la niebla de su propio cerebro. Borrarme de la memoria mi cara y las de los hombres detrás de nosotros en el callejón era como sacar las piedras del fondo de un estanque claro, poco profundo.

—Dos pisos más abajo, sala Cuatro B —dije, volviéndome hacia Rob.

Teníamos un esbozo esquemático de la disposición del búnker, pero nada en cuanto a los pequeños detalles de dirección; no íbamos a ciegas, pero no es que estuviéramos moviéndonos por aquel espacio con mucha precisión. Sin embargo, el diseño básico de aquellos búnkeres siempre era el mismo. Una escalera o un ascensor que bajaba por un extremo de la estructura y un largo pasillo que derivaba desde allí hacia cada nivel.

Levantó una mano enguantada, interrumpiendo el resto de mis instrucciones y señalando al equipo detrás de él. Yo le di el código que había extraído de la memoria del soldado: 6-8-9-9-9-9-* y me aparté, tirando de Vida hacia mí. Ella me empujó hacia el soldado más cercano, gruñendo.

No podía ver los ojos de Rob detrás de sus gafas de visión nocturna cuando brilló la luz verde, pero no lo necesité para poder leer sus intenciones. No había pedido que viniéramos, y estaba claro que no nos quería por allí porque él —un ex Ranger del ejército, como le encantaba recordarnos— podría haber manejado todo esto fácilmente con un puñado de sus hombres. Más que nada, creo que estaba furioso porque después de todo tenía que hacerlo. La política de la Liga era que, si te capturaban, quedabas automáticamente desautorizado. Y nadie vendría a por ti.

Si Alban quería que este agente volviera, es que tenía una buena razón para ello.

El reloj se puso en marcha en el momento en que se abrió la puerta. Quince minutos para entrar, agarrar al Prisionero 27, y largarnos de allí bien lejos y a toda velocidad. Sin embargo, ni siquiera sabíamos si

disponíamos de tanto tiempo. Rob solo había estimado cuánto tiempo tardarían en llegar los de apoyo una vez se activaban las alarmas.

La puerta se abrió a la escalera de la parte trasera del búnker. Sumida en la penumbra, bajaba en espiral, sección por sección, con solo unas pocas luces en los escalones de metal para guiarnos. Oí a uno de los hombres cortar el cable de la cámara de seguridad de la pared, por encima de nosotros, noté la mano de Vida que me empujaba hacia delante, pero tardé mucho, demasiado, en conseguir que mis ojos se acostumbraran. Restos de los productos químicos de la lavandería flotaban en el aire seco reciclado, quemándome los pulmones.

Entonces, empezamos a movernos. Rápido, y tan silenciosamente como un grupo de personas calzadas con pesadas botas militares puede bajar tronando por un tramo de escaleras.

Me zumbaba la sangre en los oídos cuando Vida y yo llegamos al primer rellano. Seis meses de entrenamiento no era mucho tiempo, pero había sido suficiente para enseñarme a cómo mantener alrededor de mi núcleo la ya familiar armadura de mayor concentración.

Algo duro se estrelló contra mi espalda, después algo todavía más duro, un hombro, una pistola, y luego otra, y más, hasta que la cosa adoptó un ritmo tan constante que me veía obligada a presionar contra la puerta del rellano del búnker para evitar los golpes. Vida dejó escapar un ruido fuerte cuando el último del equipo pasó por delante de nosotros. Solo Rob se fijó en nosotras y se detuvo para hablarnos.

—Cubridnos hasta que hayamos terminado, y luego monitoread la entrada. Ahí mismo. No abandonéis vuestra posición.

—Se supone que nosotras... —comenzó a decir Vida.

Di un paso hacia ella, interrumpiéndola. No, esto no era lo que marcaban los parámetros de operaciones, pero era mejor para nosotras. No había razón alguna para que los siguiéramos por el búnker y, potencialmente, hacer que nos mataran. Y ella sabía —nos lo habían taladrado en el cráneo un millón de veces— que esta noche Rob era líder. Y la primera regla, la única que importaba cuando llega el momento en que el corazón se te sale del pecho de puro terror, era que siempre, incluso frente a un incendio o a la muerte o la captura, siempre, hay que seguir al líder.

Vida estaba detrás de mí, lo suficientemente cerca como para que notara su aliento caliente a través del grueso pasamontañas negro de lana. Lo suficientemente cerca como para que la furia que irradiaba

cortara el aire helado de Filadelfia. Vida siempre irradiaba una especie de ímpetu sanguinario, más aún cuando Cate era el líder de una Operación; la excitación por probarse a sí misma ante nuestra cuidadora siempre había hecho que desaprovechara las mejores lecciones de su formación. Esto era un juego para ella, un reto, una ocasión para poder demostrar su perfecta puntería, su entrenamiento de combate, sus poderes, propios de los Azules. A mí me parecía más bien una oportunidad perfecta para conseguir que la matasen. A los diecisiete años, Vida podía haber sido la alumna perfecta, el estándar en el que la Liga podría haber reflejado el resto de sus hijos anormales, pero lo único que contaba era que nunca había sido capaz de dominar su propia adrenalina.

—No vuelvas a tocarme, zorra —gruñó Vida en voz baja, furiosa, y empezó a retroceder para seguirlos por las escaleras—. ¿Eres una maldita cobarde que te vas a quedar aquí quietecita? ¿No te importa que nos haya faltado al respeto? Tú...

La escalera vibró bajo mis pies, como si respirara profundamente solo para dejar salir la explosión inmediatamente después. La detonación pareció detener el tiempo, salí volando, lanzada con tanta fuerza contra la puerta que pensé que me fracturaba el cráneo. Vida se estrelló contra el suelo, y se cubrió la cabeza, y fue solo entonces cuando el rugido de la granada de conmoción llegó hasta nosotros, ya que voló en pedazos la entrada de debajo.

El humo y el calor eran lo bastante densos como para someterme por completo, pero la desorientación era mucho peor. Cuando me obligué a abrir los ojos, noté los párpados como si me hubieran arrancado la piel a tiras, en carne viva. Una luz carmesí pulsaba a través de la oscuridad, abriéndose paso entre las nubes de escombros de cemento. Un intenso palpar me retumbaba en los oídos, pero no eran los latidos de mi corazón. Era la alarma.

¿Por qué habían utilizado la granada cuando sabían que el código para esa puerta sería el mismo que el de fuera? No habían sonado disparos, estábamos tan cerca que habríamos oído al equipo táctico cargando sus armas. Ahora todo el mundo sabría que estábamos allí, y eso no tenía sentido tratándose de un equipo de profesionales.

Me arranqué la máscara de la cara, arañándome la oreja derecha. Sentía un dolor agudo y punzante y la unidad de comunicaciones se desprendió en pedazos. Apreté la mano enguantada contra ella cuando cayó a mis pies, sintiendo una oleada de náuseas tras otra. Pero cuando

me volví para buscar a Vida, para arrastrarla por las escaleras hacia la noche helada de Pensilvania, ya se había ido.

Aterrorizada y con los latidos del corazón retumbándome en el pecho busqué su cuerpo a través del hueco de la escalera; vi al equipo táctico pasar al otro lado. Me apoyé en la pared, tratando de mantenerme en pie.

—¡Vida! —Oí la palabra salir de mi garganta, pero desapareció bajo el zumbido en mis oídos—. ¡Vida!

La puerta del rellano estaba destrozada, abollada, chamuscada, pero al parecer todavía funcionaba. Crujió y comenzó a abrirse, solo para bloquearse a mitad de camino con un chirrido horrible. Retrocedí hacia la pared, subiendo dos peldaños por las escaleras rotas. La oscuridad me ocultó con su manto cuando el primer soldado se deslizó a través de la puerta, balanceando el arma de fuego en el estrecho espacio. Respiré profundamente y me puse en cuclillas. Tardé tres parpadeos en aclarar la visión, y, para entonces, los soldados ya cruzaban la puerta, saltaban por encima del agujero irregular en la plataforma del rellano y continuaban por las escaleras. Vi a cuatro, luego a cinco, luego a seis, tragados por el humo. Una serie de extraños estallidos y zumbidos parecía seguirlos, y no fue hasta que me puse de pie, deslizando el brazo por encima de mi cara, cuando me di cuenta de que abajo había un tiroteo.

Vida se había ido, el equipo táctico estaba ahora metido en un avispero de su propia creación, y el Prisionero 27...

«Maldita sea», pensé, moviéndome hacia el rellano. Habitualmente había unos veinte o treinta soldados en la dotación de personal de estos búnkeres. Eran demasiado pequeños para albergar a más, ni siquiera temporalmente. Pero, solo porque el pasillo estuviera vacío, no significaba que el tiroteo de abajo hubiera concentrado toda su atención. Si me atrapaban, eso sería todo. Estaría acabada, muerta, de una manera u otra.

Pero estaba ese hombre que había visto, el que llevaba la capucha sobre la cabeza.

No sentía ninguna lealtad particular hacia la Liga de los Niños. Había un contrato entre nosotros, un extraño acuerdo verbal tan formal como sangriento. Aparte de mi propio equipo, no tenía a nadie por quien preocuparme, y ciertamente no había nadie que se preocupara por mí más allá del mínimo indispensable para mantenerme viva y disponible para atacar a sus objetivos como un virus.

Mis pies no se movían, no todavía. Había algo en esa escena que se repetía una y otra vez en mi mente. Era la forma en que le habían atado las manos, en cómo se habían llevado al Prisionero 27 hacia la desconocida oscuridad del búnker. Era el brillo de las armas, la improbabilidad de escapar. Sentí que la desesperación crecía en mi interior como una nube de vapor, esparciéndose a través de mi cuerpo.

Sabía qué se sentía al ser un prisionero. Sabía qué era sentirte capturada por el tiempo y que cada día perdieras un poco más de esperanza de que la situación cambiara, de que alguien viniera a ayudarte. Y pensé que, si uno de nosotros podía simplemente llegar hasta él para demostrarle que estábamos allí, antes de que fallara el Operativo, valdría la pena el intento.

Pero no había manera segura de avanzar hacia abajo, y el fuego cruzado estaba haciendo esos estragos de los que solo son capaces las armas automáticas. El Prisionero 27 sabía que allí hubo alguien, y también que no habían sido capaces de llegar hasta él. Tuve que librarme de esa compasión. Tenía que dejar de pensar en que aquellos adultos merecieran ningún tipo de piedad, especialmente los agentes de la Liga. Para mí, incluso los nuevos reclutas apestaban a sangre.

Si me quedaba aquí, justo donde Rob me había ordenado, nunca podría encontrar a Vida. Pero si me iba y le desobedecía, se pondría furioso.

«Tal vez él quería que estuviera aquí de pie cuando se produjo la explosión —me susurró una vocecita en el fondo de mi mente—. Tal vez él esperaba que...».

No, no iba a pensar en eso ahora. Vida era mi responsabilidad. No Rob, no el Prisionero 27. Maldita Vida la víbora. Cuando yo estuviera fuera de aquí, cuando encontrara a Vida, cuando ambas estuviéramos seguras de vuelta en el cuartel general, valoraría de nuevo la situación en mi mente. No ahora.

Mis oídos todavía zumbaban con su propio pulso, demasiado fuerte para poder escuchar los fuertes pasos procedentes del puesto de vigilancia en la lavandería. Literalmente, chocamos el uno contra el otro cuando mi mano rozó la puerta exterior.

Aquel soldado era muy joven. Si solo me fijara en las apariencias, habría pensado que tenía un par de años más que yo. Ryan Davidson, me dictó mi cerebro, haciendo emerger todo tipo de información inútil desde el archivo de la misión. Nacido y criado en Tejas. Guardia

Nacional desde que su colegio había cerrado. Estudiante de historia del arte.

Sin embargo, una cosa era tener la vida de alguien impresa en nítidas letras negras, y otra tenerla frente a ti. Era algo completamente distinto a encontrarse cara a cara con la carne y la sangre. Era distinto a notar el olor caliente de su respiración y ver el pulso en su garganta.

—¡A... alto! —exclamó mientras sacaba la pistola, pero le lancé una patada a la mano y envié el arma dando tumbos por el rellano hasta caer escaleras abajo. Ambos nos lanzamos a por ella.

Me golpeé con la barbilla en el metal plateado, y el impacto me sacudió el cerebro. El dolor me cegó durante un segundo, pero entonces vi un prístino destello blanco frente a mis ojos. Y después todo se volvió de color blanco brillante. El dolor empezaba a disiparse cuando el soldado se lanzó encima de mí y me golpeó contra el suelo, haciendo que me clavara los dientes en el labio inferior y se me abriera una brecha. La sangre salió a borbotones, salpicando por el hueco de la escalera.

El guardia me inmovilizó en el suelo con todo su peso. En el instante en que sentí que cambiaba de posición, supe que estaba cogiendo su radio. Pude escuchar la voz de una mujer que decía: «Informe de estado» y «voy a subir», y darme cuenta de lo jodida que estaría si cualquiera de aquellas dos cosas sucedía de verdad me sumió en ese estado que al Instructor Johnson le gustaba definir como un pánico controlado.

Pánico, porque la situación parecía intensificarse rápidamente.

Controlado, porque en aquel contexto yo era la depredadora.

Yo tenía una mano sobre el pecho, y la otra entre mi espalda y su estómago. Usé esta última. Palpé su uniforme lo mejor que pude, en busca de la piel desnuda. Los dedos invisibles de mi cerebro se extendieron por su cabeza y abrieron su camino, uno cada vez. Se deslizaron a través del recuerdo de la expresión de sorpresa de mi rostro detrás de la puerta, de las imágenes azules y cambiantes de mujeres bailando en escenarios con poca luz, de un campo, de otro hombre lanzándole un puñetazo...

Entonces, el peso se aflojó, y el aire, frío y rancio, inundó de nuevo mis pulmones. Me di la vuelta sobre mis manos y rodillas, jadeando en busca de más. La figura que ahora estaba de pie junto a mí había arrojado al soldado por las escaleras como si fuera una bola de papel arrugado.

—¡Arriba! Tenemos que...

Las palabras sonaban como si se pronunciaran debajo del agua. Si no hubiera sido por los mechones de cabello de color violeta intenso que sobresalían por debajo de su máscara de esquí, probablemente no habría reconocido a Vida. Su camisa oscura y sus pantalones estaban rotos, y parecía cojear un poco, pero estaba viva, y allí, y parecía que de una sola pieza. Oí su voz a través del sonido ahogado en mis oídos.

—¡Por Dios, qué lenta eres! —me gritó ella—. ¡Vamos!

Empezó a bajar las escaleras, pero le agarré del cuello de su chaleco de Kevlar y tiré de ella hacia atrás.

—Vamos afuera. Vamos a cubrir la entrada. ¿Tu comunicador sigue funcionando?

—¡Todavía están luchando allá abajo! —gritó—. ¡Podemos serles útiles! ¡Dijo que no abandonáramos nuestra posición!

—¡Entonces considéralo una orden mía!

Y tenía que hacerlo, porque esa era la forma en que esto funcionaba. Eso era lo que ella más odiaba de mí, de todo esto, que tenía el voto decisivo. Que tenía que hacer esa llamada.

Escupió a mis pies, pero oí cómo me seguía escaleras arriba, maldiciendo entre dientes. Se me ocurrió que en ese momento bien podría sacar su cuchillo y clavármelo en la columna vertebral.

Era evidente que el soldado que me encontré fuera no me estaba esperando. Levanté una mano, para apartar las suyas e impedir que él pudiera moverlas, pero el sonido de los disparos del arma de Vida por encima de mi hombro me hicieron apartarme del soldado mucho más rápidamente que las salpicaduras de sangre de su cuello.

—¡Nada de esa mierda! —exclamó Vida, levantando el arma y plantándomela en la palma de la mano—. ¡Vamos!

Mis dedos se curvaron alrededor de su forma familiar. Era la típica arma de servicio, una SIG Sauer P229 DAK negra, que todavía, después de meses de aprender a dispararla, limpiarla y desmontarla y montarla, notaba demasiado grande en mis manos.

Salimos a la noche. Traté de agarrar a Vida de nuevo para frenarla antes de que se encontrara con una situación a ciegas, pero se

desembarazó de mí con un gesto rápido. Empezamos a correr por el estrecho callejón.

Alcancé la esquina justo a tiempo para ver a tres soldados, chamuscados y sangrando, sacando a rastras a dos figuras encapuchadas por lo que parecía ser nada menos que la boca de una alcantarilla de la calle. Ese punto de acceso sin duda no estaba en las carpetas que nos dieron los de operaciones.

¿Sería el Prisionero 27? No podía estar segura. Los prisioneros que estaban metiendo en la furgoneta eran hombres de la misma altura, así que aún existía una posibilidad. Y esa posibilidad estaba a punto de entrar en una furgoneta y alejarse para siempre.

Vida se llevó una mano a la oreja, y apretó los labios hasta que se le pusieron blancos.

—Rob dice que quiere que volvamos dentro. Necesita apoyo.

Ella ya se estaba transformando cuando la agarré de nuevo. Por primera vez, yo había sido solo ese poquito más rápido.

—Nuestro objetivo es el Prisionero 27 —le susurré, tratando de expresarlo de una manera que me permitiera conectar con su estúpidamente leal sentido del deber para con la organización—. Y creo que ese es él. Para esto es para lo que nos envió Alban, y, si se nos escapa, toda la Operación se habrá fastidiado.

—Él —protestó Vida, y se tragó cualquier palabra que fuera a salir de sus labios. Apretó la mandíbula, pero asintió con un casi imperceptible gesto de la cabeza—: No tendrán mi culo si nos hundes. Que te quede claro.

—Todo será culpa mía —le dije—, no hay nada contra ti.

Ninguna mancha en su prístino historial de operaciones, ninguna cicatriz en la confianza que Alban y Cate habían depositado en ella. En esta situación ella saldría ganando de todos modos, ya fuera consiguiendo la «gloria» del éxito de la Operación o viéndome castigada y humillada.

Mantuve los ojos en la escena que se desarrollaba delante de nosotros. Había tres soldados, abatibles con las armas, pero para salirme con la mía necesitaba acercarme lo suficiente para tocarlos. Ese era el único límite frustrante para mis poderes que todavía no había sido capaz de superar, sin importar lo mucho que la Liga me hubiera forzado a practicar.

Los dedos invisibles que vivían dentro de mi cráneo se agitaban con impaciencia, como si estuvieran disgustados por no poder salir por su cuenta.

Me quedé mirando al soldado más cercano, tratando de imaginar los dedos serpenteando, extendiéndose por el asfalto, llegando a su mente desprevenida. Pensé que Clancy podía hacer eso. Él no tenía necesidad de tocar a la gente para obtener el control de sus mentes.

Me tragué un grito de frustración. Necesitábamos algo más. Una distracción, algo que pudiera...

Vida tiene una espalda tan fuerte y unas extremidades tan ágiles que hacen que incluso sus actos más peligrosos parezcan elegantes y fáciles. La vi levantar la pistola, estabilizarla, apuntar.

—¡Poderes! —le susurré—. ¡Vida, nada de armas, o alertarás a los demás!

Me miró como si se me estuviera saliendo el cerebro por la nariz. Abatirlos de un disparo era una solución rápida, y ambas éramos muy conscientes de eso, pero si fallaba y alcanzaba a uno de los prisioneros, o si ellos empezaban a disparar también...

Vida levantó la mano, y dio un único resoplido, irritada. Luego agitó ambas manos en el aire. Los tres soldados de la Guardia Nacional fueron alcanzados con tanta precisión y fuerza que salieron volando hasta la mitad de la manzana, y se estrellaron contra los coches aparcados allí. Por si no era suficiente que Vida fuera físicamente más rápida o más fuerte o tuviera mejor puntería que todos nosotros, también tenía un mayor y mejor control sobre sus poderes.

Dejé que la parte de mi cerebro que se ocupaba de los sentimientos se apagara. La habilidad más valiosa que me había enseñado la Liga de los Niños fue deshacerme del miedo y reemplazarlo por algo que era infinitamente más frío. Llámalo calma, llámalo concentración, llámalo nervios entumecidos, pero eso es lo que hice incluso cuando la sangre me hervía en las venas mientras corría hacia los prisioneros.

Olían a vómito, a sangre y a suciedad humana. Tan diferente de las estancias limpias y ordenadas del búnker y su olor a lejía. Me dio un vuelco el estómago.

El prisionero más cercano se acurrucó cerca de la cuneta, los brazos atados por encima de la cabeza. Su camisa colgaba a jirones de los

hombros, destacando ronchas y quemaduras y contusiones que hacían que su espalda se pareciera más a un plato de carne cruda.

El hombre se volvió al oír el sonido de mis pies, levantó el rostro de la seguridad de sus brazos. Arranqué la capucha de su cabeza. Iba a decirle algunas palabras de consuelo, pero al verlo mi boca se desconectó de mi cerebro. Los ojos azules entrecerrados bajo una mata de pelo rubio desaliñado, pero yo no podía hacer nada, no podía decir nada, no cuando él se inclinó más hacia la pálida luz amarilla de la farola.

—¡Muévete, idiota! —gritó Vida—. ¿Por qué te paras?

Sentí como si hasta la última gota de sangre abandonara mi cuerpo de repente, rápida y limpiamente, como si me hubieran disparado al corazón. Y entonces supe, comprendí, por qué Cate había insistido tanto en que me reasignaran a una misión diferente, por qué me habían dicho que no entrara en el búnker, por qué no me habían dado ninguna información sobre el prisionero. Ni un nombre, ni una descripción, y ciertamente ninguna advertencia.

El motivo era que el rostro que estaba viendo ahora, más delgado, más marcado, y maltratado, era un rostro que yo conocía... que yo... que...

«Él no», pensé, sintiendo que el mundo se tambaleaba bajo mis pies. «Él no».

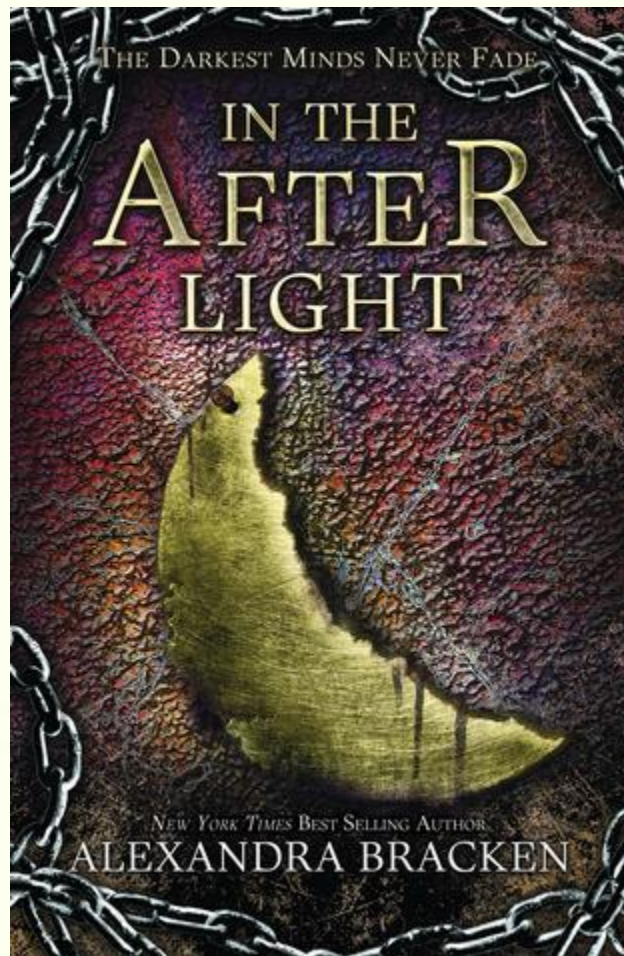
Al ver mi reacción se puso en pie lentamente y me mostró una sonrisa pícaro que luchaba contra una mueca de dolor. Se esforzó hasta erguirse y se tambaleó hacia mí, parecía roto, pensé, entre el alivio y la urgencia. Pero su acento del sur era tan cálido como siempre, aunque su voz era más profunda, más áspera, cuando por fin habló.

—¿Estoy tan guapo... como creo?

Y juro, juro que sentí que el tiempo se desvanecía.

EYES OF ANGELS
THE DARKEST MINDS 1.5

*In the Afterlight
(The Darkest Minds #3)*



Ruby no puede mirar hacia atrás. Destruída por una pérdida insoportable, los chicos que sobrevivieron y ella del ataque del gobierno en Los Angeles viajan al norte para reagruparse. Los acompaña el prisionera: Clancy Gray, el hijo del presidente, y una de las pocas personas que Ruby ha encontrado con habilidades como ella, alguien tan peligrosa que Ruby por sí misma no tiene poder sobre él.

*In
Time*

ALEXANDRA
BRACKEN

Sobre La Autora

Alexandra Bracken



Alexandra Bracken nació y se crió en Arizona, pero se mudó al este para estudiar en la Universidad de William & Mary en Virginia. Recientemente se mudó a la ciudad de Nueva York, donde trabaja en la publicación y vive en un encantador apartamento repleto de libros. Puedes visitarla en su página web www.alexandrabracken.com o en Twitter (@alexbracken).

EYES OF ANGELS
THE DARKEST MINDS 1.5

Traducido, Corregido
y Diseñado.



<http://eyesofangels.foroactivo.com/>

In
Time

ALEXANDRA
BRACKEN